



Dos-GUINEAS (*Africa occidental*).—El Sr. de Brazza y el personal de su expedición. (Pág. 467).

halagaba en extremo la moral fácil de aquellos sectarios, sin preocuparse por la incoherencia ó por las contradicciones de su doctrina. Protestantes y mormones tenían, por otra parte, ministros, sacerdotes y obispos indígenas de su secta respectiva, y contaban también suyos la mayor parte de los jefes.

No se hacía ilusiones el P. Laval, y no podían menos de arredrar á cualquiera los obstáculos que debía encontrar. Confiando en la divina Providencia, comenzó á consagrar su Misión á Nuestra Señora de las Victorias. Desembarcó en Faité, una de las Pomotús, pues llevaba consigo un jóven oriundo de aquella isla, instruido y bautizado en el archipiélago de Gambier. Por otra parte tenía necesidad de estudiar seriamente la lengua de los pomotús antes de dirigirse á la isla de Anaa, la principal del archipiélago, en la que el ministro de los mormones había fijado su residencia.

Tres meses después, dejando en Faité á uno de sus colaboradores, fué á establecerse en Faarava, isla vecina y más importante, que le aproximaba á la de Anaa. Pronto reunió en torno suyo un pequeño grupo de prosélitos, y los mormones, espantados del buen resultado obtenido por el misionero, suscitaronle toda clase de obstáculos. Ora citaban á sus adherentes á las asambleas populares para llamarles á cuentas sobre su conducta y darles pública repulsa; ora les imponían multas arbitrarias por no haberse conformed con tal ó cual prescripción, obligatoria solamente para los miembros de su secta; ora intentaban amedrentarlos esparciendo noticias desfavorables al Catolicismo.

A pesar de todo, y aunque reducido á sus solos recursos, el P. Laval emprendió y llevó á feliz término la construcción de una iglesia; y cuando la bendijo, ocho meses después de residir en Faarava, pudo bautizar á veinte de sus catecúmenos.

A los pocos días el P. Laval visitaba la isla de Anaa y tomaba medidas para fundar en ella un establecimiento, lo cual consiguió al cabo de tres meses. La isla de Anaa cuenta siete pueblos, y en los cinco más importantes emprendió la construcción de una iglesia y una residencia en medio de un sin fin de contrariedades que le suscitaban los mormones. Aquí le disputaban el derecho de construir en un terreno que le había cedido el legítimo propietario; allá se imponían multas á los que le proporcionaban cal; acullá los trabajadores, bajo presiones extrañas, rescindían su contrata introduciendo cláusulas imposi-

bles. Los mismos elementos parecían conjurarse contra él, pues una violenta tempestad destruyó una parte de sus construcciones.

A despecho de todos los obstáculos el P. Laval prosiguió su obra con increíble energía y con rara constancia. Dios bendijo sus esfuerzos. Apenas fué bendita la primera de las cinco iglesias, multiplicáronse las conversiones. El pensamiento de hacer entrar algunas almas en el seno de la Iglesia haciale olvidar sus sufrimientos.

Apenas quedó sólidamente fundada la estación de Anaa, el P. Laval dejó su dirección á otro misionero, y regresó á las islas Gambier, siendo en breve nombrado superior de aquella interesante Misión. En ella florecían todas las obras de la piedad cristiana, y continuaron desarrollándose: brillaba la vida religiosa en la humilde pero fervorosa Comunidad indígena de Ruru: los fieles frecuentaban los Sacramentos, celebraban con solemnidad las fiestas católicas y mostraban gran devoción á la santa Eucaristía. Enteramente dedicado á los trabajos de un ministerio más activo, el P. Laval no perdía de vista las necesidades de los pobres isleños de las Pomotús, faltos todavía de misioneros. No pocas veces les hacía visitar por la goleta *Nuestra Señora de la Paz*, que recibía á bordo á los isleños que consentían dirigirse á las islas Gambier. Cuando estaban instruidos y bautizados los repatriaba, en la confianza de que se convertirían en apóstoles de su isla.

Estos incesantes trabajos y largas privaciones habían gastado la robusta constitución del misionero. Creciendo las enfermedades con la edad, debió en interés de la obra retirarse en 1871. Dirigióse á Papeete (Tahiti), de donde había sido echado treinta y cinco años antes. La divina Providencia le tenía preparada una sorpresa, ó mejor un consuelo. Aún vivían los dos *mutoi*, guerreros del país, que habían conducido al misionero desde su choza á la orilla el día de su expulsión. Uno de ellos se había trocado en buen católico y celoso catequista; y la primera vez que vió al Padre apresuróse á pedirle perdón. El otro se convirtió en 1877, á una edad ya muy avanzada. Aquel día díjole el Padre abrazándole: «Amigo mío, siempre te he querido, y te quiero todavía más ahora que eres católico. Continúa siendo bueno para que podamos los dos encontrarnos en el cielo.» Allí le llevaban al P. Laval sus deseos, y allí esperaba recibir la corona de justicia por haber sostenido el buen combate. Partió para una vida mejor el día en que la Iglesia muestra á sus hijos la gloria de los Santos.

LAS MISIONES DEL ÁFRICA ECUATORIAL.

II.

Pio IX estaba ya al fin de su dilatada carrera. Era en el último año de este inmortal pontificado que había visto *todas las extremidades de las cosas humanas*. La mirada del anciano y santo Pontífice se fijaba tristemente en el mundo católico, donde el odio de la impiedad parecía querer arrebatarlo todo, cuando por vez primera el cardenal Franchi, prefecto de la Congregación de la Propaganda, llamó su atención sobre los trabajos de la Conferencia de Bruselas y sobre el nuevo porvenir que se preparaba á los pueblos del interior del África. Pio IX comprendió fácilmente su importancia. Tratábase nada menos que de un país casi tan grande como la Europa y cuya población se calculaba en cien millones de almas. Podrá corregirse la cifra; pero por de pronto se adquiría la certeza de que el interior del África ecuatorial, representado hasta entonces como un desierto estéril y mortal, tenía por el contrario poblaciones numerosas y aglomeradas, riquezas naturales sin cuento y paisajes encantadores. En muchos sitios el clima era saludable y templado, gracias á la elevación de las mesetas y á la proximidad de los grandes lagos y de las elevadas montañas, algunas de ellas cubiertas de nieves eternas. Era evidente que, en semejantes condiciones, el África ecuatorial iba á ser invadida, y no lo era menos que los protestantes, que habían tomado la iniciativa y formaban la mayoría en la Conferencia de Bruselas, iban á probar de establecerse en aquellas regiones. Ya los boletines de las Sociedades evangélicas de Londres y de Nueva-York anunciaban todo un plan de conquistas y prometían subsidios que se elevaban á más de cinco millones por año; tanto por una sola Misión como la *Obra de la propagación de la fe* por el mundo entero.

El gran Papa, que iba á morir, pero cuya alma conservaba todos sus generosos ardores, comprendió los peligros de tal situación. Vió además la obligación providencial impuesta á la Santa Sede de proveer á ella sin demora, «porque, decía, á la verdad, de que es depositaria la Iglesia, y no al error, es á quien se ha dicho: *Id, y enseñad á todas las naciones, y bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*» Así, pues, á últimos de 1877 la sagrada Congregación de la Propaganda se dirigía, por su orden, al jefe de las principales Misiones del África pidiéndole las noticias necesarias para la realización de los pensamientos del Padre Santo. Consultados los Prelados, en cuyo número tenía la dicha de contarme, reconocieron unánimes la necesidad de estas nuevas Misiones y la urgencia de su fundación en los sitios donde la Sociedad internacional africana iba á establecer sus centros de acción.

Pero aquí se presentaba una gran dificultad práctica. ¿Dónde encontrar una Sociedad de hombres apostólicos que pudiera disponer inmediatamente del personal y de los recursos necesarios para una Misión tan vasta y tan peligrosa? Las Congregaciones establecidas en el África tienen todas inmensas regiones que evangelizar, y todas sus fuerzas están absorbidas por las obras ya comenzadas ó que diariamente se imponen á su celo. Esto hizo pensar en la más humilde y más reciente de las so-

ciudades apostólicas del continente africano, la Sociedad de las Misiones de Argel.

Muchos son los lectores de las *Misiones católicas* que ignoran absolutamente su historia. Participan con respecto á ella de errores más ó menos acreditados, y la confunden á menudo con las Misiones africanas de Lyon. Puesto que nuestra pequeña Sociedad es la que, á pesar de su debilidad, ha escogido la Providencia para instrumento de sus designios en esta parte del interior del África, permitidme que os diga algo de ella.

La Sociedad de las Misiones de Argel comenzó en 1868. Nació como de sí misma, de las cargas imprevistas que nos imponía la terrible hambre de 1867. El clero de la colonia, creído de que nunca podría trabar relaciones, ni de simple caridad, con los indígenas, no había aprendido su idioma: busqué, pues, inútilmente en su seno sacerdotes que pudiesen encargarse de la dirección de nuestros asilos y de nuestros huerfanatos árabes, y sentía no encontrar una sociedad de hombres apostólicos que pudiese venir en mi ayuda.

Cierto día, mientras estaba pensando en esto, vi entrar en mi casa al superior de nuestro gran seminario de Kuba, el respetable Sr. Gérard, á quien el clero argelino, por él formado, llamaba el *Padre eterno* por su vejez y venerable aspecto. También desde su llegada á la colonia, es decir, hacia cerca de cuarenta años, anhelaba el momento en que al clero le fuera permitido ocuparse, con toda la prudencia que era de desear, de los indígenas del África. Parecíale que, al abrir por medio de las armas de la Francia cristiana las puertas de este gran continente, la Providencia le imponía la obligación de llevar á él la verdad y la justicia, esto es, el Evangelio de Jesucristo. Sabía que yo participaba de sus ideas, y que la única esperanza de verlas realizadas era la que me había hecho abandonar una silla episcopal de Francia para tomar una diócesis de Misión. Aquel día, pues, el venerable hijo de san Vicente de Paul, digno en todo de tal padre, díjome entrando en mi casa con tres alumnos de su seminario:

—Os presento á dos jóvenes que se os vienen á ofrecer para el apostolado africano. Este será, con la gracia de Dios, el principio de la obra que tanto hemos deseado.

Le estoy viendo todavía doblando su blanca cabeza, arrodillándose con sus tres seminaristas y pidiéndome que bendijese y aceptase su sacrificio. Les bendije, en efecto, lleno á la vez de sorpresa y emoción, porque de nada se me había prevenido, y esta oferta, que respondía á mis preocupaciones del momento, me pareció como sobrenatural. Hiceles levantar y tomar asiento, interroguéles extensamente, é hice, como debía, todas las objeciones posibles. A todo contestaron, y yo les di por fin mi consentimiento á título de ensayo.

De esta manera comenzó la obra, humilde por sus elementos, al parecer los más débiles: un viejo con un pié en la tumba, y tres jóvenes, tres niños que entraban apenas en la vida.

Yo no podía absolutamente, lo he dicho ya, ocuparme en el trabajo de su formación, y sin embargo era preciso, ante tan especial vocación, separarles del seminario. La misma Providencia me lo proporcionó todo, enviando á Argel, en busca de clima más suave, á dos santos reli-

giosos, ambos muertos ya hoy. El uno pertenecía á la Compañía de Jesús y el otro á la Sociedad de los Presbiteros de San Sulpicio (1). Pedíanme precisamente entonces una ocupacion compatible con sus debilitadas fuerzas, y les confié nuestros tres seminaristas en una pobre casa alquilada en las alturas de El-Biar, que dominan por el Sud á Argel.

Tal fué el primer noviciado. Lo cito porque me conmueve, y tambien creo que á vosotros os conmoverá, el ver reunidos en torno de la cuna de nuestras Obras africanas á un hijo de san Vicente de Paul, el apóstol de la caridad; á un hijo de san Ignacio, el apóstol de la fe, y á un hijo del venerable Ollier, el apóstol de la santidad eclesiástica, como para indicar de antemano á nuestros misioneros las tres virtudes más necesarias para su apostolado.

Estos preliminares duraron un año. Despues otro religioso de la Compañía de Jesús, un hombre de Dios, cuyo nombre transcribo con veneracion y reconocimiento, el Rdo. P. Terrasse, actualmente *socius* del Provincial de Lyon, tomó la direccion del noviciado definitivo. Por último, despues de seis años los misioneros, cuya Regla está hoy autorizada por la Santa Sede, y cuya Sociedad lo está por el Estado, se gobernaron á sí mismos por medio de superiores elegidos de su seno y bajo mi paternal autoridad. Su casa-matriz está en la *Maison-Carrée*, cerca de Argel.

En 1877, época en que se suscitó la cuestion de las Misiones del Africa ecuatorial, su número se habia ya multiplicado. Hoy cuentan con cerca de cien sacerdotes y con cierto número de Hermanos: hoy el noviciado de los Hermanos y de los Padres, el escolasticado y la escuela apostólica donde se preparan los futuros misioneros no dejan de contener, entre todos, á unos ciento treinta postulantes.

Por otra parte, los huerfanatos de Argel, diez años despues del hambre, veian de día en día disminuir el número de los niños adoptados por nosotros y que llegaban á la edad viril, y por lo tanto podíamos pensar en otras obras.

En estas circunstancias fué cuando Pio IX se dignó fijar sus ojos en nuestra pequeña Sociedad para las Misiones del interior: el año anterior habia visto en Roma á dos de nuestros misioneros. Yo habia tenido el honor de presentárselos, y les habia colmado de demostraciones de su soberana benevolencia. Recuerdo la efusion con que les bendijo cuando le dijeron que hacian humildemente en sus manos el sacrificio de su vida para la salvacion de nuestra pobre Africa. De estas palabras se acordó en el momento en que buscaba apóstoles para una tan peligrosa empresa.

A esta noticia contestaron nuestros misioneros con un grito de reconocimiento y de amor. Tres de ellos habian derramado ya generosamente su sangre el año anterior en el Sahara, por el camino de Tombuctu, á donde iban á llevar la fe. Pero este recuerdo, en vez de abatir su valor, excitaba en ellos nueva emulacion y santa envidia.

(1) El Rdo. P. Vincent y el Rdo. Gillof, director del seminario de Nantes.

CORRESPONDENCIA.

ANAM.

Carta del P. Juan Solá, misionero dominico del Tong-king central.

Noviembre de 1880.

Breve y sucinta va á ser la reseña de este distrito de Cao-Xa, cuya direccion me encargaron los superiores hace cosa de seis meses.

Actualmente están pidiendo ser admitidos en el seno de la Iglesia muchos infieles acosados por el hambre, creyendo hallar dentro del cristianismo el alimento espiritual y corporal que en vano han buscado por espacio de mucho tiempo entre las imposturas de sus nefandas supersticiones. A éstos se les prueba mucho tiempo, y si se ve que, con la gracia del Señor, hacen cierta su vocacion, se les admite entre los catecúmenos.

Seria cosa de nunca acabar el enumerar los estragos causados por el hambre. Desde mi propia habitacion estoy viendo, lleno de tristeza el corazon, cómo mis neófitos marchan á la desbandada con el objeto de buscar un poco de morisqueta para poder saciar su hambre.

Las frecuentes inundaciones destrozan la cosecha cuando la hoz del segador está pronta á cortar las doradas espigas.

Estos males son un perenne obstáculo á la rápida propagacion del Evangelio; pues no puede uno salir de casa sin tropezar con las bocas hambrientas que con dolorido acento piden una limosna para no morir de inanicion.

Muchas veces, á falta de otro recurso, les consuelo con buenas esperanzas; y puesto que no les puedo socorrer de otra manera, procuro reanimar su abatido corazon con palabras de consuelo, haciendo que vuelvan sus ojos, medio apagados por el llanto, hácia la celestial Jerusalem. Quizá, al ver el fondo de este negro cuadro, diga alguno para sí que pronto he aprendido á ser pintor; mas la verdad del caso es que cuando las cosas se ven en lontananza y á distancia respetable, se presentan á nuestros ojos bajo un prisma muy diverso que cuando se toca y se palpa su espantosa realidad en todas sus múltiples fases.

Mas, para que no sea todo lágrimas, conviene digamos algo que lleve algun consuelo á nuestro afligido espíritu. Entre las bellas instituciones que fecundizan este país con las bendiciones que atraen del cielo, una de las más útiles es sin duda la que cobija bajo su manto de pureza á las vírgenes consagradas á Dios dentro de las casas que ampara nuestra Orden. Estas, si bien no guardan rigurosa clausura ni tienen votos propiamente tales, son sin embargo modelos de virtud, espejos de santidad, que sirven no poco para estimular á los negligentes, congregando además grandes y ricos frutos en los graneros del Señor.

Estas piadosas mujeres salen de dos en dos recorriendo los pueblos en busca de niños infieles, introduciéndose en las casas é insinuándose en las familias so color de vender medicinas caseras que siempre llevan consigo. Así, es incalculable el número de niños que bautizan *in articulo mortis*, y por tanto innumerables los angelitos que por medio de estas santas mujeres vuelan al cielo.

Además hay también otras ancianas de probada piedad y con la educación suficiente, á quienes se suministran medios para dedicarse á tan benéfica obra; las cuales están casi todo el año recorriendo dilatadas comarcas para sacar de las garras del lobo infernal multitud de tiernos infantes que, sin semejante auxilio, carecerían de la vista de Dios para siempre.

Esta es la hermosa obra tan útil al bien de las almas y á la gloria de Dios, como poco conocida en Europa. No hay duda que, si no escaseasen tanto los medios, serían más copiosos los frutos. ¡Cuántos infelices por falta de esta gracia estarán en tinieblas perpétuas!

Se ve en perspectiva copiosísima mies; mas sabe Dios cuándo se podrá recoger.

Cuando uno recorre los pueblos ve claramente que no es la dureza del corazón, sino las tinieblas del entendimiento, lo que impide á centenares de almas ser numeradas entre la escogida porción del Señor. Rogar, pues, mucho á Dios es también lo que hace falta para que se digne enviar un rayo de luz sobre estos pobrecitos.

En este tiempo suele uno volver de la administración anual después de haber auxiliado espiritual y corporalmente á los cristianos de todo el partido, si bien nunca faltan enfermos que exigen largas jornadas para irles á administrar.

Son muchas las personas que confiesan y comulgan con frecuencia; sobre todo los domingos suele ser bastante considerable el número de cristianos de diferentes pueblos que acuden á la residencia del misionero para poder oír misa y frecuentar los santos Sacramentos. Vienen todos en barco, en tiempo de inundación, y oyen también misa desde su esquife de caña; así que no deja de ser pintoresco el aspecto que ofrecen las avenidas de la iglesia en tales días. Todos los domingos, á falta de campanas, se toca llamada con el bombo á las cuatro de la mañana, con cuyo estruendo despierta la gente, y acude á la iglesia para rezar el Rosario y otras varias preces, hasta que llega la hora de salir el Padre á decir misa. En esto se suelen invertir unas tres horas, especialmente cuando hay procesion, de la cual gustan mucho los cristianos.

Lo que sobre todo llama grandemente la atención, por la dulzura del acento y un no sé qué de embelesante atractivo, es el oír rezar en lengua anamita especialmente á los niños y niñas dedicadas de un modo particular al rezo cotidiano. Estos vienen á ser como los que llaman en Europa la Congregación de Luises, y mantienen entre nosotros el culto perpétuo al santísimo Rosario. También los domingos rezan el catecismo á su modo, con admirable orden y consonancia; y es una especie de diálogo de las principales verdades de nuestra santa Religión, en el que de corrida preguntan los hombres y responden las mujeres, pues están todos muy bien imbuidos en los misterios de la fe.

CHINA.

Carta del P. Paulino Bassó, misionero dominico del Fo-hien.

Kc-toeng, 15 de Enero de 1881.

... Muchas cosas y de bastante interés han ocurrido en el pasado año en el distrito encomendado á mi vigilancia. Estábamos en la segunda dominica después de

Pascua, cuando salí para practicar por primera vez la administración anual en Se-a. Encontrándome en este pueblo, pasada la hora de media noche, vinieron dos cristianos de otros pueblos á referirme lo triste y afligido que estaba la única casa de cristianos que había en el cercano pueblo de Toeng-Kang-Kien, á causa de que los gentiles, atribuyendo á nuestra santa religión una calamidad que acababa de ocurrir allí, maquinaban derribarles la casa y arrojarlos de su vecindad.

Dios solo conocía el desenlace que había de tener principio tan triste, y á Él encomendé el negocio.

Sucedió, pues, que los malévolos de Toeng-Kang-Kien tuvieron una riña con los de Chein-ka-yong, de cuyas resultas se siguió la muerte de uno de este último pueblo. Los agraviados inmediatamente dieron parte al mandarin, el cual mandó á sus satélites para que tuviesen sujeto á todo el pueblo y lo declarasen como en estado de sitio, como se acostumbra en China en tales casos. Los esbirros estuvieron robando y saqueando por espacio de dos días, hasta que fué el mandarin á levantar acta de la muerte acaecida. Las personas bien acomodadas del pueblo pagaron á un letrado que tenía el grado de bachiller, ú otro más alto, haciéndole venir á su casa para que fuese como el guardian de ella, y no fuesen molestados por los esbirros y demás agentes del mandarin (1). Mas ¿á quién llamarán los pobres cristianos, siendo los letrados sus mayores enemigos? ¿Subiría yo como deseaban, ó no? ¿Dejaría que mis pobres neófitos, que no tuvieron arte ni parte en la riña, fuesen molestados injustamente?

Estando en estos pensamientos, de repente se me ocurrió una idea, cuya realización juzgué aseguraba el triunfo de la buena causa, sin ningún detrimento de la religión, antes al contrario en gloria suya y en bien de los afligidos cristianos.

Subí al mencionado pueblo á la mañana siguiente, y me encontré á los esbirros almorzando en el *sou-tong*, ó templo de los abuelos; y con mucho disimulo, y como ignorando el motivo de su estancia en dicho lugar, les pregunté á qué habían venido. Respondiéronme que para intervenir y tomar acta de la muerte acaecida. Preguntéles de nuevo si tuvieron parte en ella los cristianos, y me respondieron que no. Repliquéles que en este caso no habría inconveniente en que yo subiese á su casa; y obtenida respuesta favorable, juzgué asegurado el buen éxito del negocio, pues habiendo sido invitado á subir por los mismos esbirros, si se atrevían á cometer algún despropósito toda la responsabilidad recaería sobre ellos.

El mandarin, acompañado de unas ciento veinte personas, llegó por la tarde (2). Al entrar la noche todo el pueblo parecía un infierno, incluso las casas que habían llamado á letrados, pues Dios dispuso que no pudiesen esta vez auxiliarles, para hacer más manifiesto el triunfo de la Religión. Aquí se oían llores de mujeres y niños, causados por las molestias y tropelías que sobre unas y otros ejercían los esbirros; allí ruidos de tablas que derribaban de las casas para que sirviesen de leña; acá ruido de tejas causado por las piedras que sobre los tejados

(1) La casa donde se encuentra el graduado es respetada por los esbirros.

(2) En causas de muerte van cuantos pueden, pues todos, así de la audiencia como esbirros, se vuelven con los bolsillos llenos de plata y otras cosas.

arrojaban; allá estrépito de mesas, platos y tazas, que hacían rodar por el suelo, enfadados porque no se les daba lo suficiente para comer. Así continuó todo el pueblo durante doce días que permaneció el mandarin allí tomando acta de lo ocurrido.

Solamente la casa de los cristianos permaneció todo aquel tiempo en suma paz, rezando el Rosario todas las noches y oyendo misa todas las mañanas, con grande admiración de los gentiles, que comenzaron á abrir los ojos y á mirar de distinto modo á la religion católica, que hasta entonces habia sido para ellos como un objeto de desprecio y horror, y á la cual habian siempre mirado con intencion dañina, principalmente en esta ocasion, que habian considerado como la más propicia para concluir con ella en Toeng-Kang-Kien.

Tan grande fué la admiración que les causó el ver tanta paz en la casa de los cristianos, que alguna familia gentil se proporcionó ocultamente calendario católico, y pegándolo en la puerta de su casa, fué bastante para que no les molestasen los agentes del mandarin; creciendo la admiración de los gentiles cuando vieron que el mandarin, al saber que me hallaba en el pueblo, me mandó antes de marcharse una tarjeta encarnada para saludarme.

Partí de dicho pueblo al cabo de cuatro días, y como permaneciesen todavía allí los esbirros con objeto de prender á los reos, que para acabar de completar la funcion y para hacer más infeliz la suerte del pueblo se habian escapado á Siong-hu, encargué al esbirro principal el cuidado de la casa de los cristianos y de las vestiduras sagradas que dejé expresamente sobre el altar. Los ocho días que estuve ausente continuó el pueblo hecho un infierno: los esbirros ponian en pública subasta los armarios, cajas, platos y demás utensilios de las casas, y por último, no teniendo ya más que saquear, vendieron hasta las mismas puertas.

Volví á subir al octavo día, y desde luego empezó á venir á misa una multitud de gentiles, los cuales quietecitos y arrodillados imitaban á los cristianos en las ceremonias y genuflexiones que éstos hacen durante el santo Sacrificio. Al ver tanta multitud de gente me enfadé con los cristianos por haberlos dejado entrar; mas de poco me sirvió mi enfado, pues al segundo día creció más la asistencia de infieles, y al tercero estaba todo lleno. Me alegré en mi interior, y me pareció ver ya reali-

zadas las esperanzas que desde un principio abrigué en mi corazón, de que de salir bien dicho negocio habia de redundar en grande gloria de Dios y provecho de las almas.

El tercer día, despues de celebrar el santo Sacrificio, se me vino á arrodillar toda aquella multitud de infieles conforme lo hacen los cristianos, pidiéndome misericordia y que alcanzase del mandarin un indulto para todos los que no tuvieron parte en la riña y en el homicidio, pues en cuanto á ser cristianos no tenían ningun inconveniente.

Agitado por mil pensamientos varios, me determiné por último á ir á la villa, confortado y animado con la idea de que así como en todo cuanto habia conseguido para los cristianos habia sido Dios quien habia dirigido el negocio, Él mismo acabaria su obra y se dignaria mover el corazón de un mandarin infiel para que, atendiendo á mi petición, sirviese de instrumento á los designios de la Providencia.

Fuí, pues, y elevé la petición por escrito al mandarin; y todos á una, cristianos y Padres, no cesaron de rogar á Dios por el buen éxito de este asunto.

Dios autor de todo bien, en cuya mano están los corazones de los hombres, se dignó esta vez mover el corazón del mandarin infiel para promover su gloria y el provecho y salud de muchas almas; pues no solamente accedió á mi petición, sino que para hacer más público el caso, dió un edicto en el cual concedia entera libertad á los inocentes, prohibiendo además que en adelante fuesen más molestados por los esbirros.

En cuanto recibí la respuesta del mandarin emprendí la marcha á mi distrito. Mis deseos eran de subir inmediatamente al pueblo de Toeng-Kang-Kien para anunciarles tan feliz nueva; mas, como era entrada ya la noche cuando llegué á mi residencia, tuve que aplazarlo para el día siguiente.

Al divisarme de lejos los esbirros, que aún permanecian en el pueblo haciendo de las suyas, conjeturaron que estaban ya en mi poder los testimoniales del indulto, así que cada uno se escapó por su lado, todos como turbados y sin saber lo que hacian, en términos que se dejaron 250 pesos que habian arrebatado.

Al día siguiente se celebró el santo Sacrificio, asistiendo á él 380 individuos. Toda esa multitud estuvo arrodillada con mucha devoción, doblando la mayor



ILMO. FRANCISCO-DOMINGO RAYNAUDÍ, vicario apostólico de Sofía y Filipópolis (Bulgaria).—(Pág. 469).

parte de ellos por primera vez la rodilla ante la imagen del Crucificado.

Al concluir la misa les dirige un breve discurso exhortándoles á dar gracias á Dios por el beneficio conseguido, añadiendo que para ser contados en el número de los catecúmenos debían destruir cuantos objetos idolátricos guardaban en sus casas. Todos me escucharon con grande atención, y fué tanto lo que estaban movidos, que uno de ellos me interrumpió diciendo á voces:

—Vamos pronto, y destruiremos el templo del espíritu; haremos pedazos los ídolos, y quemaremos las tablillas y todo lo demás que tengamos consagrado al diablo.

Después de la misa se tomó el nombre á toda aquella multitud, encargándoles que todos cuantos con sinceridad de corazón quisiesen abrazar nuestra santa religión avisasen, é iría yo juntamente con algunos cristianos á bendecirles la casa y á colocar en ella una imagen de la Virgen santísima.

Muchos fueron los que llamaron: durante dos días no se oía más que golpes de hachas que estaban derribando el *Sein-tong*, ó templo del espíritu, y el ruido de los ídolos y tablillas que iban rodando por el suelo.

El método que se siguió en la destrucción de dichos objetos idolátricos fué el siguiente: primeramente al llegar á una casa, con el hacha se derribaba el templo del espíritu y después se hacían pedazos los ídolos; luego se recogían las tablillas, que después fueron quemadas todas juntas; inmediatamente se colocaba la imagen de la Virgen en medio del atrio de la casa, y se les entregaba un calendario y una cruz impresa en un papel, conforme á la práctica de los cristianos de estas tierras, de cuyas cruces se sirven para fijarlas en las puertas de sus casas y de sus habitaciones interiores. Ultimamente se les bendecía la casa y se rezaba una *Salve* de la imagen de María por todos los cristianos que de todo el pueblo acudían á presenciar tan alegre acontecimiento.

Quince fueron las casas que quedaron limpias de toda superstición, y si bien parece pequeño el número, es de notar que en cada una de ellas, conforme á la costumbre china, habita una multitud de familias, y en algunas casas hasta treinta y más. Con tan grande triunfo, me quedé allí para celebrar la fiesta de la Ascensión, la cual se celebró con mucha solemnidad y con grande algazara, estruendo de cohetes y gran concurrencia de cristianos antiguos que de diversos pueblos acudieron, ya por curiosidad de ver lo acontecido en el pueblo de Toeng-Kang-Kien, ya también para recibir los santos sacramentos de la Penitencia y Comunión.

No fué menor el triunfo conseguido en Tuo-chong, pueblo antes todo gentil. Me convidaron sus principales á que les visitase, como efectivamente lo hice, aposentándome en la casa del más rico y más autorizado del pueblo, el cual de antemano la había adornado expresamente para obsequiarme. Fui allí acompañado de unos cuantos cristianos y catecúmenos, y al entrar en el pueblo me recibieron con cohetes y con alegría universal, agolpándose la gente á mi alrededor para verme y saludarme. Permanecí en dicho pueblo dos días y celebré en él dos misas, siendo obsequiado con un espléndido convite, y de casa en casa, acompañado del rico hospedero, recorrí todo el pueblo, exhortándoles á hacerse cristia-

nos, viéndome en todas muy bien recibido y obsequiado con algunos regalillos conforme á la costumbre china. Me pidieron rosarios y libros, y este año por la primera luna espero que habrá otro derribo y destrozo de ídolos y templos del espíritu semejante al de Toeng-Kang-Kien.

En otros muchos pueblos ha habido también movimiento hacia la Religión. En Kang-ngun hay treinta catecúmenos. En Kam-pang otros treinta. En Ta-Kang, Ngiam-tau, Ou-tong-puan y Sam-Kang hay también varias familias de catecúmenos y gente para quienes ha empezado á resplandecer el sol de la verdad: antes eran todos estos pueblos gentiles en su totalidad, ni conocían nuestra santa religión más que para maldecirla y blasfemarla.

Todo marchaba bien, con gran consuelo de misioneros y cristianos, cuando el diablo, envidioso de la pérdida sufrida y de la que esperaba y preveía, levantó tal persecución contra los catecúmenos y cristianos de este distrito, que temíamos y con razón perder todo lo ganado y aún salir con quiebras, por lo mucho que padecieron los cristianos antiguos.

La ocasión de que se valió el diablo, y que fué como la señal del principio de la persecución y de todas las contrariedades y disgustos que se nos siguieron, fué un buey que los gentiles, complicados en las rapiñas de los esbirros, arrebataron á uno de los catecúmenos más sencillos y tímidos.

Sucedió, pues, que estando dicho catecúmeno arando en el campo juntamente con otros dos gentiles, preguntaron primero los emisarios del diablo á los gentiles: «¿Sois cristianos?» y respondiendo que no, les contestaron ellos: «Proseguir en paz en vuestras faenas; nosotros no buscamos más que á cristianos.»

Al oír dicho catecúmeno tales palabras, echó á correr dejando el buey, el arado y demás aperos en el campo, siendo perseguido durante su fuga por aquella turba en número de treinta, armados con cuchillos y otros instrumentos; mas la Virgen le salvó y pudo escapar de sus manos casi por milagro, pues del modo que lo rodearon y embistieron casi era imposible evadirse. Digo que la Virgen lo salvó, porque aquellos días se estaba haciendo un novenario á la Virgen del Rosario en el pueblo de Toeng-Kang-Kien en acción de gracias y para pedir paz y perseverancia para los nuevos convertidos, y uno de los que manifestaron mayor fervor durante dicho novenario fué nuestro catecúmeno perseguido. Escapó, pues, de sus manos, y únicamente recibió una herida en la mano derecha que se infirió á sí mismo cayendo, en el acto de la fuga, en un precipicio.

Viendo aquella desenfrenada turba que la presa se les había escapado de las manos de una manera que les dejó admirados, diciendo que los cristianos debían tener algún secreto oculto para evadir los peligros, se apoderaron del buey, arado y demás cosas pertenecientes al dicho catecúmeno, y con grande algazara lo pasearon por los pueblos gentiles, haciendo burla de los misioneros y cristianos, y aumentando todos los días sus tropelías y vejaciones en dichas cristiandades.

Empezaron á esculpir cruces en las piedras de las encrucijadas de los caminos, y á molestar de diversos modos y maneras á cristianos y catecúmenos, dejando una

vez mal parados á dos muchachos, que fueron heridos con cuchillos y piedras. Duró unos treinta días la persecucion, durante la cual los gentiles del pueblo de Kang-ngun, armados de cuchillos y otros instrumentos, bajaban todas las noches, disfrazados de sacerdotes unos y de beatas otros, al pueblo de Tam-tan, haciendo burla de las cosas más santas. En una de dichas noches entraron en una casa de los mejores cristianos de dicho pueblo, y la hubieran destruido á no haberse Dios valido de un gentil bueno que contuvo aquella turba desenfrenada, la que se contentó con apalea á dos cristianos y echar á un muchacho en una cisterna, de la que se le pudo sacar sin lesion alguna.

En muchos pueblos se publicaron libelos infamatorios contra nuestra santa religion, compuestos la mayor parte por letrados que rabiaban de envidia por ver el triunfo obtenido, y muchos cristianos fueron brutalmente atropellados.

Acudimos al mandarin, pero se hacia sordo á nuestras peticiones; y para enredar más el negocio los gentiles levantaron una calumnia al catecúmeno dueño del buey, acusándole ante el tribunal de haber dado una cuchillada á uno del pueblo de Chein-ka-yong.

Entonces me dirigí al señor Vicario apostólico, y dándole razon de lo que pasaba, le pedí se dignase hacer venir á Fogan un sacerdote indígena llamado Simon Yip, el más capaz de todos y el más entendido en cosas de tribunales y letras chinas, que en aquel entonces residia en Lam-Kou. Accedió el señor Vicario apostólico á mi justa peticion, y vino dicho sacerdote; y habiendo formulado un escrito al mandarin, despues de repetido dos ó tres veces, nos dijo: que para arreglarlo todo, como hacer restituir lo robado y restablecer la paz, era necesario que compareciese el catecúmeno ante su tribunal. Mucho temíamos que nos quisiese armar un nuevo lazo; mas despues de muchas reflexiones nos determinámos á remitírselo, acompañado de un criado de la iglesia, la víspera de la Asuncion de la Virgen por la noche, día que tenia Dios destinado para restituírnos la paz y hacer renacer la alegría en nuestros corazones y en el de todos los cristianos.

Grande fué el concurso, así de gentiles como de cristianos, que fuéron á presenciar tan solemne acto: aquellos por parecerles que en esta ocasion quedaria enteramente perdida nuestra causa, y por lo mismo conseguirian el éxito de todos sus deseos obteniendo la apostasia de todos los catecúmenos; y éstos á presenciar el acto, ávidos de obtener la victoria y el triunfo final.

Al llegar nuestro catecúmeno ante el mandarin, arrojándose en su presencia despues de haberle hecho las preguntas usuales de cuál era su edad, si vivían aún sus padres, etc., etc., pasó al negocio que nos interesaba; y despues de varias preguntas sentenció en favor nuestro, diciendo haber sido un robo lo del buey, una injusticia haber perseguido á su dueño, y un insulto á la religion del Señor del cielo todas las demás barbaridades que habian seguido, mandando además que en el espacio de tres dias restituyesen todo lo robado; despues de lo cual ordenó á uno de sus primeros ministros que con honor acompañase al catecúmeno á la iglesia.

Actualmente están los nuevos catecúmenos estudiando el Catecismo, y en casi todas las casas de los nuevos ca-

tecúmenos se reza todas las noches el Rosario en comunidad.

Por lo que toca á los cristianos antiguos, estoy bastante satisfecho de su conducta. El año pasado se levantó una iglesia bastante regular en el pueblo de Hui-yong, que aún no está concluida por falta de chapecas, como dicen los chinos. Espero que en todo lo que resta de este año podrá concluirse, para lo cual necesito todavía unos 300 pesos.

En el pueblo de Soc-tong tengo unos cuantos catecúmenos, á los cuales pienso bautizar este año. A los de Toeng-Kang-Kien y demás pueblos convertidos el año pasado les he señalado tres años de catecumenato por término. Una mujer sola se bautizó *in articulo mortis*, y los hijos párvulos de los nuevos catecúmenos.

Carta del Rdo. Raguit, misionero de Mandchuria.

Pa-ien-su-su, 10 de Mayo de 1881.

A principios de este año tuvo lugar en Cha-ling un retiro general de todos los misioneros de Mandchuria. Al terminarlo se hicieron algunos cambios en el personal de las diversas estaciones, tocándome á mí el servir la provincia llamada Heil-ung-Kiang por los chinos, Saghalien por los indígenas y Amur por los rusos. El ilustrísimo Dubail me envió á reemplazar aquí al Rdo. Noirjean, cuyo estado de salud reclama algun descanso. Este querido compañero va mejorando, y se restablecerá completamente si modera el ardor de su celo. Encuéntrase aún aquí, y espero que S. I. se dignará dejárnoslo: le aseguro perfecta salud si predica un poco menos y se cuida algo más.

Luego de mi llegada el Rdo. Noirjean y yo partimos para visitar las familias de los nuevos cristianos, dispersos á orillas del Hu-lan-pira, Nin-Ki-pira, O-Ken-pira y Nu-min-pira, en pleno país de los Solons, andando un centenar de leguas. En tales excursiones no faltan consuelos y sinsabores. Nuestros cristianos viven en familias aisladas, en medio de las estepas y en los lindes de los bosques, descuajando el terreno. Aquellos lugares ni siquiera tienen nombre, y cuando nos extraviábamos era inútil preguntar por la morada de este ó aquel, y no habia más remedio que andar á la ventura.

Ya sabeis que el año último se desencadenó la persecucion en el Hei-lung-Kiang, habiendo sacrificado dos de nuestros cristianos. Uno de ellos, Uang-t'ung, verdadero mártir, murió por haber rehusado hasta el fin, aún en medio de los tormentos, contribuir á la ereccion de las pagodas; el otro, Tchu, fué decapitado por la falsa acusacion de latrocinio, pero en realidad porque era cristiano. Despues de tales hazañas los mandarines ordenaron que los soldados y satélites salieran á campaña y se dirigiesen á la morada de los nuevos cristianos para contar su número, profiriendo las más terribles amenazas y anunciándoles que iba á encadenárseles y darles muerte en compañía de los misioneros. Cierta mandarin llamado Ki llegó hasta el punto de disfrazarse de bonzo para aterrorizar más á su placer y con impunidad á nuestros infelices neófitos.

A todas estas miserias han venido á añadirse los rumores de guerra entre Rusia y China. Aunque en estos momentos se ha firmado la paz, todavía se acantonan

tropas y más tropas á sesenta leguas al Este de Pa-i-en-su-su, más allá de San-sing. A pocos pasos de nuestra residencia se ha abierto una oficina de reclutamiento, y todos los días se expiden voluntarios. La voz pública es esta: Si no batimos á los rusos, inmolarémos á los cristianos y misioneros.

Todos nuestros cristianos bautizados se han mantenido firmes ante la persecucion, no contándose hasta el presente ¡loado sea Dios! apostasía alguna. Sólo algunos desdichados catecúmenos han cedido á las amenazas: cierto número de ellos ha huido, y otros más infelices han fijado sobre su puerta y en su aposento los carteles paganos. Nuestros catecúmenos contábanse por millares á principios del año último, y no es poca maravilla que todavía nos queden algunos.

Fácilmente se comprenderá, pues, que si nuestra última excursion nos ha procurado consuelos, tambien nos ha entristecido bastante. Sin embargo, á pesar del demonio y de los mandarines hemos bautizado varios adultos y recibido treinta catecúmenos.

Cábeme tambien el gusto de anunciaros que acabamos de comprar dos terrenos, uno en la ciudad de Peilin-tze, á 20 leguas al Norte de Pa-i-en-su-su, y otro en la ciudad de Hu-lan, distante de aquí 17 leguas al Oeste. En Hu-lan fué donde hace dos años y algunos meses se encadenó y dió tormento al Rdo. Noirjean. Desde Peilin-tze podrémos ocuparnos más activamente de los cristianos de quienes acabo de hablaros é introducirnos en las tribus salvajes de los Solons, In-pi, etc.

En dicha Hu-lan, donde se inició ya el movimiento,



BOMBAY (*Indostan*). — Vista de Bandora. (Pág. 469).

el misionero obtendrá numerosas conversiones; pero nos faltan hombres y recursos. Si se nos presta auxilio me atrevo á pronosticar que la provincia del Hei-lung-Kiang llegará á ser, como Mision, uno de los más preciados florones de nuestra Sociedad de las Misiones extranjeras de París. Conviene, sin embargo, no olvidar que es preciso machacar el hierro mientras está caliente.

Por lo que respecta á nuestros infelices salvajes me he convencido por mí mismo, y me apoyo en la experiencia del Rdo. Noirjean, de que no podrá reducirseles hasta que podamos establecernos entre ellos. Son nómadas, viven de la caza y de la pesca, no tienen habitacion y duermen á la intemperie. Por lo tanto seria preciso retenerlos en un punto. El único medio práctico creo que consiste en fundar en sus bosques una pobla-

cion cristiana con auxilio de los colonos chinos convertidos, para lo cual es indispensable la adquisicion de un terreno, que fácilmente podria alcanzarnos nuestra Legacion de Pekin. Si nada obtuviésemos por esta parte, aún nos queda el medio de establecernos al Sur del Mumin-pira, que separa el territorio solon de las comarcas destinadas al cultivo por el Gobierno.

Varias familias chinas no desean otra cosa que agruparse en torno del misionero en cualquier lugar que se fije, mientras en él puedan procurarse con su trabajo el sustento y el vestido. Los Solons vendrian necesariamente á visitarnos para proporcionarse mijo, alcandía y aguardiente á cambio de sus pieles, con cuya ocasion podria anunciarse la buena nueva del Evangelio á los que comprenden un poco el chino. El misionero podria

fácilmente atraerse algunos, y aprender su idioma á la vez que les conduciría al conocimiento y amor de Nuestro Señor Jesucristo. Entonces podríamos ir adelante y trabajar eficazmente en la conversion de aquellos pobres salvajes.

Os hablo de Mu-min-pira porque seguí su curso varios días en mi última expedicion. Nuestro querido y venerado vicario apostólico, Ilmo. Dubail, nada desea tanto como la evangelizacion de esas tribus salvajes, mas contiénele el corto número de sus obreros apostólicos y sobre todo los escasos recursos pecuniarios de que dispone. Por mi parte estoy pronto á ir en auxilio de esos infortunados.

Una vez fundado el puesto de Pei-lin-tze podríamos escalonar estaciones en los lindes del territorio solon: la situacion, empero, seria muy precaria, pues las partidas de bandidos que salen todos los años de los vecinos bosques pronto destruiria y entregaria á las llamas nuestros establecimientos. En aquellas comarcas no hay sino cortijos aislados. Si consiguiésemos fundar un verdadero pueblo la situacion seria muy otra y podríamos hacernos respetar hasta de los bandidos. Mas para establecer una poblacion nos falta el terreno indispensable, un millar de fanegas de tierra, por ejemplo. Con 20,000 pesetas podríamos hacer un ensayo que, con la ayuda de Dios, creo tendria buen éxito.

AFRICA OCCIDENTAL.

Carta del Rdo. P. Schmitt, misionero del Congo.

Nuestra Señora de Mboma, 27 de Noviembre de 1880.

Me apresuro á comunicaros una gran noticia; tal es la llegada del Sr. de Brazza á Mboma.

Ayer, á mi regreso de San Antonio, encontré á dicho señor, que venia de Vivi á bordo de la *Belgique*. Este animoso viajero alcanzó el término de su exploracion del Ogowé, y remontó este rio hasta el punto donde toma su origen en las regiones del Congo, dejando tras sí dos estaciones de Senegaleses, una de ellas en el mismo Stanley-Pool, pudiendo convencerse de que el Ogowé no tiene comunicacion con el Congo.

Su viaje fué feliz bajo todos conceptos, pues no hay que lamentar pérdida alguna en el personal, y los gastos sólo se elevan á 20 ó 25,000 francos: ha descubierto algunos caminos para el interior, más ventajosos que los del Sr. Stanley, y que prometen próspero porvenir para el Norte de nuestra Mision, esto es, para los alrededores de Mayemba. Segun toda probabilidad, me ha dicho, hay tres vias: el Ogowé y otros dos rios cuyos nombres debo callar todavía por discrecion.

Su viaje se ha efectuado con bastante rapidez, á pesar de que anduvo á pié gran parte del camino. Sólo ha durado ocho meses, habiéndole bastado diez y ocho días para ir desde Stanley-Pool á Vivi. En su marcha encontró al Sr. Stanley, que se halla á tres jornadas de esta última localidad.

Cruzando el interior, el célebre viajero pudo procurarse víveres con facilidad. Alimentóse del producto de la caza y de los frutos del país. «Encuéntanse, dice, inmensas planicies á una elevacion de 800 metros, de notable fertilidad y que producen yuca, habichuelas, alfónsigos y maíz en abundancia. Con éste los indígenas ha-

cen una especie de cerveza bastante buena. Déjalo entallecer despues de humedecerlo en agua, lo secan en seguida, lo muelen y lo hacen macerar dos ó tres días. Con la caña de azúcar fabrican una bebida más fuerte y alcohólica, de la que un solo vaso es suficiente para causar la embriaguez.» Encontró asimismo considerable cantidad de coles de grandes tallos y con excelentes hojas.

Desde Stanley-Pool, conocido en el país con el nombre de *Nkhuna*, hasta Vivi, los víveres son cada vez más raros. En este trayecto fué cuando el Sr. de Brazza tuvo que sufrir más por la falta de alimento, pues nadie queria vendérselo, y la caza era insignificante.

Dicho señor atravesó tambien el reino de Macoco, designado por los Padres que lo evangelizaron, con el nombre de Micoco. Es un país vastísimo, que se extiende desde el rio Gordon Bennett hasta el de Lawson y aún más léjos, gobernado por un rey poderoso que ejerce verdadera soberanía sobre todos los jefes del país, y cuya jurisdiccion se extiende hasta Stanley-Pool y sus inmediaciones.

Este soberano le dispensó la más cordial acogida, dándole, además de comestibles, ayuda y proteccion en toda la comarca, recomendándolo á sus vasallos y haciéndolo escoltar por sus propias gentes. El viajero no ha encontrado vestigio alguno de antiguas Misiones. No obstante, cuando indicó al rey que confiase uno ó dos de sus hijos á los blancos para enseñarles su idioma, éste manifestó que, segun antigua tradicion del país, los mismos blancos instruyeron en otro tiempo á sus hijos.

El dialecto de Stanley-Pool parécese bastante al del Congo, de lo que he podido convencerme, no segun lo dicho por el Sr. de Brazza, sino por un negro que ha traído de dicha comarca. Originario del Zanguebar ó quizá de Tanganika, acompañó la expedicion del señor Stanley á través del Africa. Al llegar á Stanley-Pool fué á causa, segun dice, de los malos tratamientos de su amo, uniéndose en seguida al Sr. de Brazza á su paso por el país. He hablado á este negro en lengua fiota y nos hemos comprendido un poco.

En el valle del Ogowé, dice este último señor, cinco pueblos hablan el mismo dialecto; mas éste difiere completamente del que se usa en Stanley-Pool.

En cuanto á los proyectos del Sr. Stanley, parecen de difícil realizacion. Créese que tardará cuatro años en llegar al último punto mencionado. Para abrir caminos emprende un trabajo gigantesco que consume enormes cantidades, y júzgase que tales caminos no serán de utilidad alguna, porque no podrán servir para los vehículos, ni por consiguiente para el transporte de los vapores. En efecto, los inmensos carros que hizo traer fueron transportados á brazo sobre la planicie de Vivi, en donde permanecen fuera de servicio.

Sin embargo, el Sr. Stanley no se desalienta, y prosigue, pero siempre solo, sus trabajos.

El Sr. de Brazza me ha hablado tambien de las Misiones que podrian establecerse en el interior. Segun él hay tres puntos ventajosísimos para nosotros: la famosa llanura de los Achikuías, la de los Abumas y el reino de Macoco, en donde encontraríamos una poblacion morigerada y pacífica, siendo además el país de suma fertilidad.

Santa María de Gabon, 22 de Diciembre de 1880.

El Sr. de Brazza logró por fin alcanzar el Zairo, bajo las cataratas. Llegó aquí el 16 del presente mes, volviendo de la embocadura de este río, á donde fué por el alto Ogowé, haciendo por tierra parte del viaje... Enarboló el pabellon francés cerca del Zairo, en medio de una poblacion que dice se le mostró muy adicta. A su parecer el Sr. Stanley no terminará su viaje en dos años.

¿Qué resultará de este importante suceso? Sólo Dios lo sabe. En todo caso, la noticia ha causado aquí extraordinaria sorpresa y alegría. Nuestros comerciantes escuchaban con el mayor interés al animoso viajero cuando les decía que encontró en el Zairo piraguas cargadas de marfil que los negros querían venderle.

El Sr. de Brazza partió de nuevo el 18 del corriente para el alto Ogowé, en un buque mercante que le transporta un vaporcito que espera montar y hacer manio-brar en el Zairo.

Nos dijo que hay varias estaciones desde el Ogowé á dicho Zairo, en medio de numerosas y grandes poblaciones cuyos jefes se le mostraron muy deferentes.

Varios de nuestros cristianos, y en particular un jóven aprendiz de Santa María, formaron parte de esta interesante expedicion, y refieren en pongué los detalles de su viaje.

En mi última correspondencia os anunciaba que me proponia enviar un Padre para que visitase por fin el Ogowé. Habia decidido ya que partiera el P. Delorme, cuando llegó del Sud el Sr. de Brazza, que debia proseguir luego el camino del Ogowé y su viaje hácia el Zairo, y quedó sumamente complacido de encontrar á dicho Padre dispuesto á partir para aquellos parajes. Hizo los más cordiales ofrecimientos de conducirle á donde desease, pero sobre todo á su primera estacion del alto Ogowé, en la comarca llamada Okandi, en donde es muy conocido de los indigenas. Los habitantes de aquella region tienen ricos cultivos y segun parece muchos recursos alimenticios.

El P. Delorme partió, pues, el 18 de Diciembre, en el vapor prusiano *Pongué*, acompañándole uno de nuestros aprendices, Gervasio, que le servirá la misa y será además su doméstico. En el Ogowé encontrará algunas familias cristianas del Gabon, cuyos jefes son todos muy aptos para el comercio y pueden ser de grande auxilio á los misioneros.

El vapor tardará cinco ó seis dias en alcanzar las factorías. Los buques mercantes no remontan más arriba. Para ir más léjos hay que servirse de piraguas, y se necesitan treinta ó cuarenta dias para llegar al Okandé.

Carta del Rdo. P. Carrie, superior de la Mision del Congo.

La *Vénus*, fragata de guerra francesa, fondeó en la rada de Landana el domingo 1.º de Agosto de 1880. El almirante Sr. Mottez no quiso descender en persona, pero apenas echó el ancla despachó oficialmente su ayuda de campo para preguntarnos si algo requería su intervencion. Gracias á Dios, no tenemos necesidad por el momento de socorro alguno militar.

Varios jefes, el reverendo capellan y otros oficiales su-

balternos tuvieron á bien visitar la Mision, sus establecimientos y cultivos. Aquel día el mar estaba tranquilo como un lago, y dichos señores pudieron franquear la barra con sus propios balleneros. De regreso á bordo re-habilitaron perfectamente ante el almirante y los otros oficiales la mala reputacion que se habia creado á la playa de Landana. Todos sintieron entonces no haber imitado á sus colegas.

El Rdo. Mercier, complacido y entusiasmado de todo lo que vió, no quiso volver en seguida á bordo, lo mismo que dos piadosos oficiales, uno de los cuales estuvo otra vez en Landana. Por la tarde el reverendo capellan dió la bendicion con el santísimo Sacramento, y al día siguiente celebró la misa con asistencia de dichos señores.

El P. Schmitt, en ausencia del Padre superior, fué á dar las gracias al almirante y á ofrecerle sus respetos, acompañado del P. Augouard. Nuestros compañeros fueron recibidos cortesmente, y todos los oficiales de la *Vénus* usaron para con ellos exquisita amabilidad.

Nuestros negritos, que obtuvieron el permiso de visitar la fragata, prorumpian en exclamaciones de sorpresa al ver las enormes piezas de artillería, los aparatos de guerra y la inmensa máquina de aquel buque. El señor comandante del mismo estuvo muy amable con ellos. Mas así que oyeron la música instrumental abrieron desmesuradamente sus ojos y no pudieron contenerse. Saltando cadenciosamente, palmoteando, no sabian cómo expresar su gozo. El bombo fué lo que les causó mayor impresion. Los oficiales y los marineros quisieron que cantasen en francés y en lengua fiota, y les hicieron toda suerte de preguntas.

El personal de la fragata mostró vivo interés por todas nuestras obras, y al despedirse el señor almirante nos deseó toda suerte de prosperidades y de dichas.

En el mes de Octubre último un oficial de la marina belga, al ir á reunirse con la expedicion del Sr. Stanley en el alto Congo, descendió del buque para visitar la pequeña colonia de Landana, como llamaba á la Mision. Despues de oir á nuestros niños negros hablar en francés, cantar en la misma lengua y saludarle con muy buenos modos, dijo:

— Admiró cómo los misioneros católicos instruyen y moralizan tan bien á estos salvajitos. Sin duda el Gobierno que os subvenciona para llevar á cabo tan excelente obra debe estar muy satisfecho del magnífico resultado que habeis obtenido en tan poco tiempo.»

Este buen oficial no podia volver de su asombro cuando se le contestó que nada absolutamente recibíamos de Gobierno alguno, y que la Mision y sus obras sólo se sostenian merced á la caridad de los cristianos del mundo entero.

En el mes de Setiembre, terminadas las construcciones más indispensables para la habitacion de los misioneros y el alojamiento de los niños, me apresuré á volver á la Mision de Landana, de donde partí hacia cinco meses (6 de Mayo de 1880). No aguardé en Mboma la llegada del P. Schmitt, sino que aprovechando su presencia en el Congo, hice mi visita apostólica á San Antonio. Allí se me reunió este Padre, á quien di las instrucciones necesarias para la direccion de la Mision de Mboma en calidad de superior.

Durante mi corta permanencia en San Antonio tuve el consuelo de administrar varias veces el santo sacramento del Bautismo. Atendida la buena disposicion de los negros, y pareciéndome llegado el momento oportuno, instalé allí un antiguo discípulo de la Mision, hermano del rey de San Antonio, ejemplarísimo bajo todos conceptos, como catequista-instructor, hasta que mis recursos pecuniarios me permitan establecer un misionero con habitacion fija.

¡Que el santo nombre de Dios sea bendito! Tenemos ya motivos de regocijarnos por este pequeño apostolado de un jóven negro en su país natal y en medio de sus parientes y conocidos, pues el nuevo catequista ha podido ya bautizar muchos niños en peligro de muerte y tambien algunos adultos. Hasta el presente los negros acuden asiduamente al catecismo, que se lo enseña en lengua indígena, y parecen animados de los mejores sentimientos.

El P. Schmitt me anunció por medio de una carta que las gentes de San Antonio enviarían sus niños á la escuela y al catecismo así que esté corriente la casa que Miguel va reparando. Los Padres de la Mision de Mboma están encargados de visitar la estacion de San Antonio todos los meses poco más ó menos.

Por fin, estando todo arreglado y dispuesto lo mejor posible, partí del Congo para volver á Landana el 5 de Octubre de 1880, restituyéndome con buena salud al seno de mi querida Comunidad. A ejemplo del Padre Schmitt quise experimentar en Africa los viajes á pié, haciendo de esta suerte el de Banana á Landana. En todas partes recibí generosa y cordialísima hospitalidad, haciéndoseme los mismos benévolos ofrecimientos que al P. Schmitt; pero, al mismo tiempo que agradecía á aquellos señores su bondad, les mostré lo que puede la energía de un misionero católico.

Apenas repuesto de las fatigas de mi viaje á Banana embarquéme de nuevo el 21 de Octubre en un buque de la casa holandesa para hacer una nueva visita apostólica al Quilu, al Loango y á Punta Negra, pues los habitantes de estos países abrigaban el temor de que, estableciendo una nueva Mision en el Congo, concluyésemos por abandonarlos. Allí tambien tuve el consuelo de administrar el sacramento de la regeneracion á tres niños de menor edad.

Aproveché al mismo tiempo este viaje para renovar y activar la importantísima obra del rescate de los niños, pues en el Congo, como en otros puntos, esta empresa es cada vez más difícil.

Por último, el 30 de Octubre llegué á Landana para celebrar allí solemnemente la magnífica fiesta de Todos los Santos.

El 10 de Diciembre de 1880 nuestra Comunidad tuvo la satisfaccion de hospedar al Sr. de Brazza, alférez de navío de la marina francesa, y á los negros que le acompañaron en su expedicion.

Partido de Gabon en Abril de 1880 con algunos marinos y contados negros, este intrépido oficial remontó el Ogowé hasta su origen, estableciendo el primer puesto francés en un afluente de este rio. Desde allí el atrevido explorador pudo felizmente ganar el gran rio del Congo, por el que descendió luego.

Además el Sr. de Brazza pactó una especie de alianza

en nombre de Francia con el rey Macoco, cuyo poder se extiende hasta las riberas del Congo. Una vez concluido este tratado el rey le ha cedido el territorio de Mcuma ó Ntamo (1), á orillas del rio, no léjos de la laguna llamada Stanley-Pool. El personal de cada uno de los dos puestos establecidos por el Sr. de Brazza se compone de cuatro soldados y un sargento.

En todo su viaje encontró las poblaciones bien dispuestas, y le acogieron perfectamente, sin que tuviera que quemar contra los indígenas un solo cartucho. No obstante, un poco más abajo de Stanley-Pool, hácia Vivi, las poblaciones ribereñas del Congo se mostraron hostiles, á causa, segun se dice, de haber sido maltratadas por los europeos. Mas, á fin de evitar toda dificultad, pasó por otro camino alejándose del rio.

El Sr. de Brazza y sus hombres fueron alimentados gratuitamente por los jefes del país, y hasta el presente el rey Macoco abastece los dos puntos franceses. Dicho señor recibió tantos regalos, que al encontrar al Sr. Stanley le cedió los carneros, cabras, mercancías, fusiles y todas las municiones que le quedaban.

La poblacion de las llanuras del interior, segun el señor de Brazza, es muy numerosa, y sobre todo bien dispuesta para con los europeos. El aguardiente, esta bebida tan funesta á los negros, no es aún conocido en aquellos pueblos.

Los objetos que pueden darse á cambio de marfil y de los otros productos del país, son la sal, las sartas de abalorios, el tabaco y la jerga grosera, pues los demás tejidos tienen allí escaso valor.

Las llanuras del interior del Congo, situadas á 800 metros sobre el nivel del mar y á 2 ó 300 metros sobre el del rio, son sanas y fertilísimas, y en ellas sopla la brisa á diferentes horas del dia.

Cuando el Sr. de Brazza habló á Macoco de los sacerdotes y misioneros católicos, el rey le manifestó el deseo de tenerlos en su reino para la instruccion de los niños. «Por lo demás, añadió, los padres de nuestros abuelos enviaron en otro tiempo sus hijos á los blancos con este objeto.» En efecto, el mencionado señor ha advertido en los libros y costumbres oficiales de Macoco ciertos vestigios de la religion cristiana.

Tales blancos fueron probablemente los antiguos misioneros Capuchinos que evangelizaron primero el Congo. El reino de Macoco no es, en efecto, sino una parte de los antiguos reinos de Micoco, de Auzico y de Concobella á que se refiere el P. Labas.

No parece sino que el Señor se ha dignado dar una mirada de misericordia sobre este pobre pueblo del Congo. Pero al mismo tiempo es de suma importancia que se establezcan prontamente Misiones en Stanley-Pool y en el alto Ogowé, antes que los ministros del error y de la mentira vengan á infestar estas comarcas con sus perwersas doctrinas.

El 13 de Diciembre de 1880 el Sr. de Brazza y los individuos de su expedicion partieron de Landana para volver al Gabon, y con fecha de 22 del mismo mes el Ilmo. Le Berre anunciaba al reverendo Padre superior que dicho viajero se habia dirigido hácia el interior por el Ogowé con el P. Delorme y otro francés.

(1) A propuesta del Sr. Quatrefages la Sociedad geográfica de París ha decidido que la estacion de Ntamo se designe en los mapas con el nombre de Brazzavilla.

BLANCA LERMINA

Ó UNA JÓVEN CRISTIANA DE LA NIGRICIA,

POR EL ILMO. COMBONI, VICARIO APOSTÓLICO DEL ÁFRICA CENTRAL.

Hace más de cuatro años que los misioneros de El-Obeid, capital del Kordofan, cuentan entre sus neófitos una jovencita de quince años que, si bien nacida de padres negros, tiene, por curiosa singularidad, la tez blanca y rosada. Su nombre primitivo es Lermina, y siguiendo la costumbre de la Mision se le conservó como apellido, y diósele en el bautismo á santa Blanca por patrona. Dom Fracaro, superior del Kordofan, regeneró á esta niña en las fuentes bautismales el 3 de Junio de 1879.

Blanca Lermina es originaria del país de los Niambas, al Oeste del alto Nilo, entre el 1° y 6° latitud Norte, en medio de las tribus antropófagas de los Ynam-Ynam (tal vez Nyam-Nyam), á algunas semanas de camino del Dar-Nertit. Es pequeña, pero robusta y bien conformada. Su tipo es el de la raza etiópica, y su piel en extremo dura. Su tez es más blanca que la de muchas mujeres de Europa (1), y sus cabellos son blondos, pero lanosos como los de los negros. Tiene los ojos de color azul pálido que tira á blanco, y ve mucho mejor de noche que de día, trabajando en completa oscuridad.

Su padre, Ninghina, y su madre, Gen-Jidi, son absolutamente negros: de dos hermanas que tiene una lo es también, y la otra es de un rojo que se acerca al color de los abisinios. Su padre, feroz *gelaba* (negrero), que se enriqueció robando y vendiendo pobres esclavos, perdió su hija en justas represalias. Mientras se ocupaba en un país vecino en la caza de hombres, algunos émulos le arrebataron su más querido tesoro.

Tras un viaje de algunos meses á través de bosques poblados de leones y otras fieras, Lermina llegó cerca del Bahr-el-Ghazal, siendo capturada por los soldados del Gobierno y transportada al Dar-Fur, en donde la presentaron á S. E. Gordon-Bajá, gobernador del Sudan. Este alto funcionario pasando por El-Obeid la confió á nuestra Mision.

Blanca Lermina asegura que su país de los Niambas es regado por bellos rios y que la vegetacion es allí extraordinariamente espléndida, creciendo en sus campiñas limones, uvas, bananas, granadas, tomates, trigo, ajonjolí, maíz, naranjas, habas y batatas dulces.

En aquella region hacen servir los búfalos para cabalgaduras, y encuéntranse asimismo bueyes, carneros, cabras, cebras, girafas, avestruces y aves de todas formas, tamaños y colores, pero no se conocen allí asnos, mulos, camellos ni dromedarios. En cambio abundan los elefantes, los leones, los leopardos, las serpientes, etc. Gran número de *gelabas* que se dedican á la caza del hombre, recorren sin cesar la comarca y se roban recíprocamente sus esclavos, de suerte que en el país de los Niambas vívese en continuo sobresalto.

El idioma materno de Blanca se llama ismiri-zandi y

(1) El Ilmo. Comboni, encontrándose en 1858 en la tribu de los Sfic en las fronteras occidentales del río Blanco, oyó hablar de un país llamado Dor, situado mucho más hacia el interior y rodeado de tribus de indígenas negros como el ébano, entre los cuales encuéntranse naturales perfectamente blancos. Estas noticias le fueron confirmadas más tarde por el Sr. Angel Castelbolognese, que decia haber visitado este país de Dor en compañía del Sr. Julio Comet.

me parece de origen semítico. Es monosilábico como el denka-ika y el barika, dialectos que hablan gran número de tribus situadas entre el 3° y 12° latitud Norte. Blanca comprende también la lengua de los Den-Kaitra, pero no la habla, y tiene frecuentes conversaciones en ismiri-zandi con una antigua esclava, su compañera de cautiverio, á la que quiere atraer al Catolicismo. Esta esclava está al servicio de uno de nuestros católicos de El-Obeid.

Después de esta digresion geográfica y filológica volvamos á nuestra neófita.

De una inteligencia muy comun, costóle mucho trabajo aprender el catecismo; pero desde el día en que fué instruida en las verdades de nuestra santa religion se convirtió en católica ferviente. Profesa especial devocion á la santísima Virgen, y no toma alimento alguno en la víspera de sus festividades.

Su humildad es admirable: varias veces su ama la ha invitado á comer del pan de las Hermanas, muy inferior al de Europa, pero preferible al de mijo del huerfanato, y Blanca lo rehusa constantemente.

—No conviene, dice, que una pobre esclava como yo coma el pan de las Hermanas que son libres.

—Es que, se le hizo observar, desde el momento en que recibiste el bautismo eres libre como las Hermanas.

—Sin duda, replicó, soy libre porque he tenido la dicha de hacerme cristiana; pero nací pagana, y me parece no debo compartir el alimento de las Hermanas, que han sido siempre cristianas: para mí es bastante el pan de los negros, y me consideraré dichosa siendo la servidora de las buenas religiosas.

A veces se revela su natural salvaje cuando tropieza con alguna dificultad ó sus compañeras rompen por torpeza algun objeto encomendado á su vigilancia: se turba, se irrita, y su cólera le da el aspecto de una fiera. Empero el pensamiento de Dios la calma en seguida, y se vuelve dulce y paciente.

Blanca tiene una caridad sin límites para con los negritos y los enfermos, y para favorecerlos se priva de algunas cosas.

Pero la más bella virtud que adorna su alma es su angélica pureza. Aunque en la casa paterna y durante su esclavitud fué testigo de escenas repugnantes, nada ha perdido de su sencillez y virginal candor. La admiracion que le inspiran las religiosas que renuncian á los gozos de familia para consagrarse por completo al bien del prójimo, le hizo concebir el generoso pensamiento de imitarlas. Por dos veces ha rehusado ya proposiciones de enlace. Gordon-Bajá, habiendo recibido de las provincias del Ecuador un jóven blanco de la misma raza que Lermina, formó desde luego el propósito de unirla á su antigua protegida. Lo envió á El-Obeid, y los soldados del Gobierno lo condujeron á la Mision; pero, á pesar de todas las instancias, Blanca no quiso ver á su jóven compatriota. Dom Leon Losi, misionero de mucha experiencia, le ofreció otro partido, y lo rehusó igualmente. A ejemplo de las Hermanas dice que ha escogido á Jesucristo por su único esposo: quiere vivir con las religiosas y permanecer toda su vida humilde sirvienta de esas mujeres de Dios.

«Quiera el cielo que podamos, dice al terminar el ilustrísimo Comboni, conservar muchos años para edificacion de todos nosotros y acrecentamiento de la santa fe

en el Africa central, á esta virgen tan generosa y pura, que parece haber escapado á la maldicion fulminada contra los descendientes de Cam. Esta es la flor más brillante, olorosa y delicada que haya producido la Mision de la Nigricia.»

CRÓNICA.

Constantinopla. — En la imponente ceremonia de la entronizacion religiosa del Rmo. Estéban Pedro X Azarian, nuevo patriarca de los armenios católicos, rodeábale diez arzobispos y obispos, y llevaba el manto patriarcal de terciopelo rojo ricamente galoneado. Durante la ceremonia, que es una de las más antiguas de la Iglesia armenia, los prelados colocaron sobre la cabeza del nuevo Patriarca el velo patriarcal de tul blanco bordado que le caía en el rostro, y de este modo ofició hasta la consagracion. Los obispos, despues de entregarle el báculo patriarcal figurando un globo que remata en cruz, le hicieron sentar en el trono. Entonces se presentaron los obispos, el clero, los notables y una parte de la poblacion para besar su cruz. Terminada la ceremonia, rezaron diversas preces por el sultan, y el grito de *Amin* resonó por las anchurosas bóvedas del templo.

La madre septuagenaria del nuevo Patriarca, rodeada de sus numerosos nietos y de otros parientes, asistía á esta solemnidad en un sitio reservado. El órden fué completo.

Despues el cortejo se dirigió procesionalmente á las dependencias de la iglesia, y el Rmo. Azarian con todos los demás obispos continuó hasta la sala de reunion, en donde le aguardaban los notables de la comunidad. El nuevo Patriarca declaró que estaba resuelto á inaugurar una era de paz y de concordia; que su escudo contenía el arco iris y la paloma llevando el ramo de olivo al arca de Noé, y que éstos eran los emblemas de su administracion patriarcal, que debía ser esencialmente pacífica. Dijo que habia tomado por divisa las bellas palabras de David: *Misericordia et veritas obviaverunt: justitia et pax osculatae sunt*. Declaró que defendería los intereses de su Iglesia é inculcaría á su pueblo la sumision y fidelidad al trono del sultan. Aseguró que consagraria todas sus fuerzas á promover y realzar la instruccion y aliviar la miseria de las clases pobres; y terminó declarando que haría un llamamiento á la comunión para que escogiese los miembros de los nuevos Consejos administrativos y legislativos.

Bulgaria. — Leemos en el *Atheneo religioso* de Filipópolis:

«El 19 de Marzo, fiesta de san José, cumplió el 50.º aniversario de la ordenacion sacerdotal de nuestro venerable obispo, Ilmo. Raynaudí. Nacido en Villafranca (Piamonte) el 3 de Setiembre de 1808 y dotado de las más bellas cualidades de entendimiento y de corazon, hubiera podido aspirar en el mundo á las más nobles profesiones; mas prefirió entrar en la Orden seráfica y abrazar la ruda vida del misionero. Vino á Bulgaria con el Ilmo. Andrés Canova (1841-1866), y se distinguió tanto por sus apostólicas virtudes, que fué juzgado digno de sucederle. Preconizado obispo de Egea *in partibus* y vicario apostólico de Filipópolis el 12 de Diciembre de 1867, el Ilmo. Raynaudí ha continuado la grande obra comenzada por su eminente predecesor, y no ha trabajado menos en asegurar el floreciente estado en que se encuentra hoy la Mision de Sofia. Las bodas de oro sacerdotales de este amadísimo Padre ofrecían á los fieles del vicariato excelente ocasion de atestiguar sus testimonios de filial gratitud, y no la han dejado escapar los generosos católicos. La iglesia estaba llena de compacta y recogida multitud, dichosa viendo á su venerable Pastor subir las gradas del altar y celebrar el santo Sacrificio en medio de sus hermanos de religion, en este aniversario semi-secular de su ordenacion sacerdotal. Para esta hermosa fiesta se habian preparado diversas inscripciones encomiásticas de las cuales citaremos una:

«En este solemne dia, 19 de Marzo de 1881, consagrado á la gloria «del gran patriarca san José, en el cual el Ilmo. Francisco-Domingo «Raynaudí, de la Orden de Capuchinos, celebra el sacrificio incruento «del altar en su iglesia episcopal de San Luis de Filipópolis, despues «de cincuenta años de sacerdocio: homenaje de sus fieles religiosos y «de sus regocijados hijos.»

Jerusalén. — Escriben de la Ciudad santa con fecha del 1.º de Junio:

«Los lectores de *Las Misiones católicas* conocen ya nuestra Mision de Madaba. Situada en medio de los beduinos, es interesante bajo el

doble aspecto de la propagacion de la fe católica y de la civilizacion entre estas tribus de costumbres enteramente primitivas. Empero es tambien tan perillosa y costosa como interesante, precisamente á causa de su situacion en medio de las tribus beduinas, sobre las cuales el Gobierno otomano ejerce sólo una accion nominal. Para evitar los peligros de semejante situacion el misionero no puede prescindir de los jefes de dichas tribus, los cuales son otros tantos reyezuelos independientes y enemigos unos de otros. Pues bien, esta alianza es preciso comprarla y cultivarla con regalos. No obstante, estos sacrificios parecen ligeros cuando se presenta ocasion de reportar de ellos algun beneficio, como ha sucedido hace poco.

«Zathan es uno de los más poderosos jefes de esas tribus nómadas que viven al Oriente del Jordan. Madaba está en su territorio, y aunque las ruinas de esa ciudad y sus contornos hayan sido cedidos en principio por el Gobierno otomano á los cristianos emigrados de Karac; ha sido preciso entenderse con aquel rey del desierto para tomar posesion de ellas. Zathan habia jurado matar al misionero con su propia mano, apenas pusiese el pié en su territorio: hoy es su más íntimo amigo, y se haría matar por defenderle, él y los suyos. Ha dado pruebas inequívocas de sus favorables disposiciones, y nosotros debemos agradecer á la Providencia habernos proporcionado tan poderoso socorro en la situacion precaria de nuestra nueva Mision.

«En los primeros dias de Mayo estalló la guerra entre Zathan y otro jefe de tribu llamado Diab. Despues de algunas escaramuzas, uno y otro convocaron á sus aliados, y la lucha tomó las más vastas proporciones, originándose de ella desastrosas consecuencias. Además de los hombres muertos y de los rebaños de carneros y camellos arrebatados, las mieses han sido pisoteadas por los caballos y luego incendiadas. No obstante, aunque parezca increíble, Madaba y sus habitantes no han sufrido el menor daño, y las mieses han quedado en pié, como un ramillete de flores en medio del desierto! Espléndido resultado sobre todo bajo el punto de vista del prestigio que da á nuestro misionero entre los suyos y cerca de los beduinos de las inmediaciones, pues nadie ignora que á él se debe este beneficio. Los dos jefes beligerantes le habian enviado expresos para tranquilizarle desde el principio de las hostilidades, asegurándole que ningun daño sufrirían los suyos. ¡Sea mil veces loado Jesucristo!»

Armenia. — Una correspondencia de Trebisonda da cuenta del saqueo de la iglesia de Kahmuhut, en el distrito de Kodurtchur. Este distrito es enteramente católico, y no tomó la menor parte en el último cisma. Por desgracia, los bandidos que allí comprometen la seguridad pública tienen poderosos protectores. Uno de éstos era Hassan Ruchdi bajá, gobernador del Lazistan. Su mala administracion y su antagonismo con Siiri bajá, gobernador general de Trebisonda, han tenido para él las más graves consecuencias, como que ha sido destituido y encerrado en una cárcel, y se instruye su causa en Trebisonda.

La carta termina así:

«Acabo de recibir consoladoras noticias de Marsivan. Gran número de armenios gregorianos y una familia protestante han abjurado sus errores.

«¡Cuánto bien podríamos hacer en este distrito si contásemos con recursos suficientes! Conviene que lleguen pronto los misioneros destinados á este pais. El Rdo. Stefano, residente en Marsivan, no puede hacer todo lo que quisiera, y los protestantes se aprovechan de esta circunstancia.

«La Sociedad bíblica se prepara á fundar una escuela en Trebisonda con los fondos legados por un armenio muerto en América, y ha sido ya enviado un ministro con multitud de Biblias.»

Agra (Indostan). — El domingo de Cuasimodo un misionero capuchino, el Rdo. P. Sinforiano, colocó y bendijo la primera piedra de la iglesia de Ulwar, en medio de gran concurrencia de cristianos indígenas, musulmanes é hindos. El mayor Law asistía al celebrante y le acompañaba en las preces. Hallábanse presentes muchos empleados del Gobierno, y el primer ingeniero acompañó al sacerdote en torno del trazado de las fundaciones para los aspersorios. En la primera piedra fueron selladas algunas piezas nuevas entregadas por el maharajah, y despues de la ceremonia se distribuyó, segun costumbre del pais en semejantes ocasiones, golosinas á todos los concurrentes. Muchos príncipes y princesas de Radjputana entregaron generosos donativos para la nueva iglesia, cuya construccion adelanta con rapidez.

Bombay (Indostan). — Nuestro grabado de la pág. 464 representa los establecimientos católicos de la villa de Bandora, construida al ex-

tremo meridional de la isla de Salsetta, á 14 kilómetros al Norte de Bombay, con una poblacion católica de cerca 1,400 almas. Cuatro ó cinco misioneros jesuitas cuidan de esta pequeña cristiandad, una de las más florecientes del vicariato apostólico de Bombay. El Instituto de San Estanislao cuenta unos 200 alumnos, huérfanos la mitad de este número. Igual número de discípulos y de huérfanas cuenta el convento de San José, habitado por las Hermanas de Jesús-Maria.

Mangalore (Indostan).— El P. Angel Mutti, de la Compañía de Jesús, procurador de la Mision de Mangalore, escribe con fecha de 1.º de Julio:

«Repercute en nosotros la persecucion religiosa desencadenada en Europa. Los protestantes prusianos, muy numerosos en este punto, se han aprovechado de ella para denunciarnos como lobos cubiertos con piel de oveja, expulsados de todas las partes del mundo civilizado y venidos á la India para resarcirnos de nuestras derrotas en Europa á expensas de la sencillez india. El juez de Mangalore ha escrito en este sentido al gobernador de Madras, acusándonos de haber fundado sociedades secretas (las congregaciones de la santísima Virgen), etc. Pero la verdad comienza á mostrarse, y el Gobierno no ha querido seguir el mal camino que le habia trazado el magistrado de Mangalore.

«Ultimamente han entrado muchos protestantes en el seno de la Iglesia, lo cual ha puesto furiosos á los alemanes. Hace pocos días publicaron un folleto de 110 páginas lleno de falsedades é injurias contra la Iglesia católica. Por desgracia no podemos contestar, pues la única imprenta de Mangalore les pertenece. Este año han gastado más de 500,000 francos.»

Kuang-si (China).— El Rdo. Lavest escribe lo siguiente desde Cheung-si:

«Héme al fin en mi querida Mision, siendo tal mi dicha que no pueden turbarla todas las penalidades del viaje, todas las dificultades de la obra, todos los peligros y persecuciones en perspectiva.

«Mis compañeros, destinados á Misiones donde reina la paz, podian ir directamente al término de su viaje; pero yo, en camino para el Kuang-si, Mision fundada hace apenas dos años, debia detenerme en Hong-kong y esperar órdenes. La Providencia me proporcionó la sorpresa de encontrar allí á mi obispo, el Ilmo. Foucard, á quien la persecucion habia obligado á dejar su Mision para ir á Pekin á pedir justicia á nuestro ministro. Mi Prelado me dió las primeras lecciones de chino y me indicó que pronto podria entrar en el Kuang-si y fundar un distrito. ¡Qué dicha!

«Algunas semanas despues S. I. me dió dos cristianos que me acompañasen, y partí fortificado con las bendiciones de mi Obispo. Al ánimo acobardado no le queda más recurso que esforzarse cuando se ve solo en medio de figuras más ó menos patibularias. Llevábanme en silla dos paganos: de día permanecía oculto en el fondo de ella, y sólo al atravesar alguna ciudad reparaban en mí y se agrupaban á mi alrededor para examinar todo mi exterior, desde la nariz hasta los pies. Yo procuraba mostrar buen continente, y llevaba muy bien compuesto el traje chino, sin exceptuar la cola. De noche gozaba de menos honores, muy contento de encontrar una choza donde refugiarme. En cierta ocasion tuve que cobijarme en un establo cuyos propietarios gruñieron tanto y tan fuerte, que no pude dormir. En fin, despues de mil pequeñas aventuras, llegué á Cheung-si, en donde tenemos residencia, y en donde me recibió con los brazos abiertos el P. Renaud.

«Hace dos meses me encuentro aquí, habiendo salido únicamente tres veces. El 30 de Enero, primer día del año chino, quise ir á Tong-tcheu, donde vive un compañero nuestro. ¡Qué caminos, cielo santo! Los senderos de nuestras montañas son carreteras en comparacion de los caminos que debí seguir. Mi cabalgadura iba siempre al recto, y dos veces me creí perdido. Noticioso de mi llegada, el Padre vino á mi encuentro, y mi entrada fué solemne. Un sin fin de petardos resonaron á más de una legua al rededor, y los cristianos vinieron sucesivamente á saludarme. Todo el día lo pasé en una verdadera fiesta de familia.

«Actualmente me preparo á partir hácia mi puesto de Kuaiyun, en donde me han construido una casita con una capilla en el interior. Al lado hay una escuela para niños, y el todo está rodeado de un vasto jardín. El Padre más inmediato me ha dicho que hay en este país esperanzas de numerosas conversiones.»

Estados-Unidos.— El grabado de la pág. 473 está tomado de una fotografia del Ilmo. Ignacio Mrak, antiguo titular de Marquette y Sault-Sainte-Marie, preconizado por Leon XIII, en un consistorio re-

ciente, obispo de Antioe *in partibus*. Nombrado para aquella diócesis el 25 de Setiembre de 1868 despues de veinte años de fecundo apostolado en medio de los indios del lago Michigan, el Ilmo. Mrak no pudo recibir la consagracion episcopal hasta el año siguiente. El Prelado continuó con celo la obra iniciada por el Ilmo. Baraga (1853-1868), y cumplió las obligaciones de su cargo hasta 1878, en cuya época obtuvo el relevo, poniendo en manos de su sucesor el ilustrísimo Vertin la diócesis de Marquette en un estado floreciente; pues bajo su administracion el número de sacerdotes subió de 15 á 27; el de las iglesias y capillas, de 22 á 35, y el de los católicos, de 22,000 á 29,000. El Ilmo. Mrak se halla retirado hace tres años en Menominee, en donde ejerce las funciones pastorales como simple misionero.

Nueva-Nursia (Australia).— El árbol genealógico que publicamos en la página 476 ha sido trazado por el Ilmo. Rosendo Salvado, y da á conocer las seis familias *Tirarop*, *Nocognok*, *Palarop*, *Tondorop*, *Mondorop* y *Jirajio*, restos de las seis grandes tribus de la Australia occidental. Como los indígenas de esta comarca nunca se casan con indígenas de su propia familia, el Ilmo. Salvado se informó exactamente de sus costumbres sobre el particular, persuadido de que, manteniendo rigurosamente esta prohibicion, aseguraba entre sus salvajes la observancia de los impedimentos eclesiásticos del matrimonio relativos á la consanguinidad.

Las seis familias están representadas por las seis ramas del árbol genealógico. Estas ramas se bifurcan cada una en otras dos, con hojas de color claro y otras más oscuras. Todo salvaje de la familia representada por la rama principal puede aliarse con las familias cuyo nombre se halla cerca de las hojas de tinte claro de la misma rama; pero tienen prohibido contraer enlace con las familias cuyo nombre consta junto á las hojas de tinte oscuro.

Esta sábia medida, á la vez que ampara las leyes de la Iglesia, mantiene la pureza de la raza australiana impidiendo las uniones de consanguíneos, que en Europa producen resultados tan desastrosos para las familias.

Es de advertir que la bifurcacion en dos de cada una de las seis ramas no indica una descendencia paralela de las dos ramas, como podría hacerlo creer la inspeccion del grabado. Este árbol no es, hablando en propiedad, un árbol genealógico, sino una representacion convencional y mnemotécnica.

La rama inferior sólo indica un parentesco más ó menos directo entre la familia representada por la rama principal y las familias representadas por las hojas de color oscuro. Por esto se prohíben los matrimonios de estas últimas familias con la familia de la rama principal. Así, las dos familias *Tondorop* y *Mondorop* no pueden aliarse con la familia *Tirarop*, porque existen con esta última lazos de parentesco.

La ramita superior indica al contrario que no hay parentesco alguno entre la familia representada por la rama principal y las familias representadas por las hojas de tez clara; y por esta razon pueden estas últimas aliarse con la rama principal. Así, las familias *Jirajio*, *Palarop* y *Nocognok* pueden unirse con la familia *Tirarop*.

— El otro grabado de la pág. 477 representa una sepultura indígena en los desiertos de la Australia occidental. Cuatro toscas ramas, fijas en el suelo y cruzadas en su parte superior, sostienen los restos mortales de un salvaje, teniendo por sudario una piel de *kanguru* que apenas los defiende contra la inclemencia del aire y las aves de rapiña, hasta que la descomposicion cadavérica entrega esos tristes despojos á los perros salvajes que acuden de los cuatro vientos. Para mayor inteligencia véase la relacion contenida en la pág. 559 y siguientes del tomo anterior.

Tasmania.— Leemos en el *Tasmanian Catholic Standard*:

«El 23 de Enero, fiesta de los Desposorios de la Virgen María, señalóse en nuestra hermosa isla con una solemnidad que atrajo á Hobart-town extraordinario concurso de fieles hasta de las colonias vecinas. Asistieron á la ceremonia ó se hicieron representar en ella la mayor parte de los obispos del continente australiano. El ilustrísimo J. Quinn, de Brisbane, aunque enfermo, se habia puesto en camino; pero tuvo que detenerse en Sydney. El Ilmo. M. Quinn, de Bathurst, más afortunado que su hermano, llegó felizmente á nuestra ciudad. A este antiguo compañero de apostolado de nuestro primer Pastor correspondian de derecho el honor y el santo privilegio de celebrar la misa primera en el altar mayor. El obispo de Sandhurst predicó el primer sermón. El arzobispo de Melbourne y los obispos de Maitland y de Melbourne habian enviado sus delegados. Hallábase presente casi todo el clero de la diócesis. Numerosos protestantes, los generosos bienhechores de la catedral, y un grupo de oficiales de marina del

vapor italiano *Europa*, formaban parte de la concurrencia. Despues de la bendicion del templo por el obispo diocesano, Ilmo. Murphy, fueron abiertas las puertas de la iglesia, la multitud entró, y pudo admirar las bellezas del edificio sagrado, que honra grandemente á su arquitecto.»

MARRUECOS.

PARTE SEGUNDA.

LAS DINASTÍAS MARROQUÍES.

III.

Los Zenetas.—Zyri se apodera del Magreb.—Sus viajes á España.—Sublevacion de los Yddu.—Guerras entre Zyri y el emir de Córdoba.—Zyri en el desierto.—Reinado de Muaz.—Sucédele Hamama.—Guerra entre éste y Tamim.—Muerte de Hamama.—Dunas.—Division del mando entre sus hijos.—Guerra entre Fethu y Axicha.—Amer ben-Muaz.

En la época que vamos á recorrer brevemente se disputaban el mando del Magreb dos tribus á cual más poderosa, á cual más noble y á cual más fanática: llamábase la una Maghraua y la otra Ifran. Despues de diferentes y sangrientos combates en los que fué diversa la suerte de las armas, Zyri ben-Athya ben-Abd-Allah, de la tribu de Maghraua y rey de los Zenetas, venció y derrotó por completo el ejército de los Ifran; pero conociendo que no podria continuar mucho tiempo dominando el país sin el auxilio y amparo de los califas de Córdoba, se declaró tributario de Hakem el-Muid, que lo era entonces, y con su beneplácito conquistó todo el Magreb en 986, y fijó su residencia en Fez, antigua capital de los Edrisitas. Su primer cuidado al ocupar el trono se dirigió á tranquilizar sus Estados y á hacerse respetar por todas las tribus que los componian; y despues de haberse posesionado de las ciudades y fortalezas abandonadas por el cobarde Rehari, que las gobernaba como tributario de los de Ifrikya, extendió sus Estados desde el *Zab* hasta *Sus el-Aksa*.

Cada momento que pasaba comprendia Zyri con mayor claridad que le era imposible conservar el trono sin la proteccion y auxilio de los califas andaluces; por lo que decidió hacer un viaje á España y ofrecer un regalo de inmenso valor (1) al gran visir Mansur ben-Abi Amer; regalo que éste recibió, como era de suponer, con sumo placer y satisfaccion, y en agradecimiento se le renovó el acta en virtud del cual se le conferia la soberanía del Magreb. Satisfecho Zyri del buen resultado de su viaje, volvióse á Fez en el mismo año, que fué el de 991. Como Mansur habia quedado tan complacido de la visita y más aún de los regalos de Zyri, le escribió muy luego ordenándole que volviera á visitarle. Para poner Zyri en ejecucion las órdenes del visir, encargó el gobierno del Magreb á su hijo Muaz, mandándole que se estableciera en Tremecen, y confió el mando de la ciudad de Fez á sus dos kaides Abd er-Rahman y Alí ben-Mohamed. Tomadas estas disposiciones, púsose en camino, llevando regalos en nada inferiores á los que llevó en su viaje anterior; pero á pesar de todo iba con suma desconfianza,

(1) El autor de Rudh el-Kartas dice, en la pág. 141, que este regalo consistia, entre otras cosas, en 200 magníficos caballos de pura raza, 50 camellos *mebary*, mil escudos cubiertos de piel de búfalo, numerosas cargas de arcos de excelente madera, gatos almizclados, girafas, búfalos y otros varios animales del Sahara, mil cargas de dátiles y multitud de tejidos de fina lana.

porque temia alguna traicion por parte de Mansur. A su llegada á la capital de Andalucía ofreció su regalo al visir, y éste por su parte agasajó á Zyri extremadamente y le hospedó en un soberbio palacio.

No tardó Zyri en volver al Magreb; y apenas pisó las playas de Tánger, donde desembarcó, exclamó poniéndose las manos sobre la cabeza: *Ain me perteneces job cabeza mia!* ¡Tal era el temor que tenia de perecer á manos de Mansur! No se creyó seguro hasta pisar el Magreb, donde esperaba mandar no como visir, cuyo título despreció, sino como emir independiente de los califas de Córdoba. Pero cuando él se hacia estas ilusiones, cuando tenia el proyecto de mandar con completa independencia, no tenia conocimiento de la sublevacion que durante su ausencia habia tenido lugar en sus Estados. En efecto, Yddu ben-Yali, jefe de una parte de los Zenetas llamados Beni-Ifran, renovando antiguas enemistades y querellas que habian tenido lugar entre éstos y los de Maghraua, se sublevó con todas sus tropas y consiguió apoderarse de la ciudad de Fez en 992, mientras Zyri hacia su segundo viaje á España. Cuando Zyri tuvo noticia de tan desagradables acontecimientos reunió apresuradamente su ejército, y con las tropas que podia reunir en su tránsito llegó cerca de Fez, donde se encontró con las huestes de Yddu, y empezó con ellas una reñida y sangrienta batalla, en la que estuvo por mucho tiempo dudosa la victoria, hasta que por fin se declaró por Zyri, que entró en Fez y cortó la cabeza á Yddu, enviándola algunos días despues al emir cordobés, como medio de estrechar con él las buenas relaciones que ya mediaban entre ambos y de asegurarse en el mando.

Con la muerte de Yddu se desalentaron mucho sus partidarios y llegaron á desistir por entonces de conseguir el mando del Magreb, que quedó en completa paz. Zyri se aprovechó de ella para extender sus dominios y hacerse respetar de los Estados vecinos. Por este tiempo dió Zyri principio á la fundacion de la ciudad de Uxda, á la que trasladó su familia y sus tesoros en 994, estableciendo en ella la Corte de sus Estados. Dos años más tarde hizose Zyri algo sospechoso para Mansur, quien lo destituyó, enviando contra él un fuerte ejército bajo el mando de Uadhyh el-Fatah. Apenas tuvo Zyri noticia de la llegada del enemigo á Tánger se apercebíó para el combate, salió de Fez con todas sus tropas Zenetas, y habiéndose encontrado ambos ejércitos, empeñaron una terrible accion, la cual fué muy encarnizada y prolongada, pues estuvieron tres meses casi en un continuo combate. Uadhyh siempre llevó la peor parte y perdió muchos de sus soldados, por cuya razon vióse obligado á volver á Tánger, que estaba por los emires andaluces, y desde allí escribió á Mansur dándole parte de sus desgracias y pidiéndole refuerzos de hombres, caballos y dinero. Gran pena y no poco disgusto causó esta noticia á Mansur; pero, como hombre esforzado, no tardó en dar las oportunas órdenes para reunir un respetable ejército, con el que llegó él mismo hasta Algeciras, donde lo embarcó para Ceuta, que tambien estaba por él, y dió el mando de todo el ejército á su hijo Abd el-Malek.

Entre tanto no se descuidaba ni dormia sobre sus laureles el intrépido Zyri, no obstante sus pasadas victorias. Reunió, pues, todas las kabilas de los Zenetas, con las que formó un ejército numeroso. Abd el-Malek á su

vez se reunió con Uadhyh, y ambos con sus respectivas tropas, que no eran inferiores en número á las del enemigo, salieron de Tánger para encontrarse con Zyri y vengar la derrota de Uadhyh. También Zyri había salido de Fez, y hallándose los dos ejércitos uno frente al otro en el río Mina, no muy lejos de Tánger, se dió un combate tan reñido como sangriento, en el que la victoria quedó por parte de los andaluces. Zyri, á pesar de haber sido gravemente herido por un negro, huyó velozmente, dejando en poder del enemigo un rico botín. Llegado á las cercanías de Mequinez intentó reunir sus destrozadas huestes para vengar su derrota; pero Abd el-Malek, que conocia la intrepidez y valor de su enemigo, envió contra él á Uadhyh, quien no le dejó entrar en Fez, como lo intentaba, y despues de varias correrías y escaramuzas le obligó á tomar el camino del desierto. Al llegar Zyri á Senhacha encontró á sus habitantes revolucionados contra su rey, y conociendo el partido que podía sacar de esta sublevación, se puso al frente de los amotinados, con cuyo auxilio y el de los soldados que le habían seguido, no le fué difícil arrojar del trono á Edris ben-Mansur, apoderarse de varias é importantes ciudades, y formar un nuevo Estado, que consiguió gobernar pacíficamente hasta el año 1001, si bien en clase de feudo ó tributario del emir de Ifrikya.

Abd el-Malek, despues de la derrota y fuga de Zyri, entró en Fez y gobernó el Magreb con paz y justicia hasta el año 998, en que fué llamado por su padre. Al partir para España dejó el mando del Magreb á Aissa ben-Said, quien también hubo de pasar á Andalucía, sucediéndole Uadhyh el-Fetah. Este gobernó el Imperio hasta el año 1003. Cuando Zyri huyó al desierto las tropas Zenetas aclamaron por soberano á uno de sus hijos, llamado Muaz ben-Zyri, el que conociendo el gran poder de los califas andaluces y los muchos partidos en que se hallaba dividido el Magreb, no podia ignorar lo muy difícil y aún imposible que le sería gobernar su país sin prestar vasallaje á dichos califas. Por esto su primer cuidado fué hacer las paces con Mansur. Este murió en el mismo año, y le sucedió su hijo Abd el-Malek el-Mudhefar, quien en recompensa de la sumisión de Muaz llamó á España á Uadhyh, ordenándole entregara á aquel el gobierno de todos sus Estados en el Magreb, con la condición de pagarle cierto tributo; condición que, no sólo admitió Muaz, sino que en prueba de su vasallaje y dependencia envió en rehenes á Córdoba á su hijo Manser. Por estos medios pudo Muaz vivir tranquilamente y gozar en paz el gobierno de todo el Magreb hasta su muerte, que tuvo lugar en 1030.

Muerto Muaz sucedióle su primo Hamama, que, celoso como era del bien de sus gobernados, imperó y mandó en sus Estados con mucha prudencia y justicia por espacio de dos años, al fin de los cuales Tamim ben-Zimur, gobernador de Salé, unido con algunos revoltosos de la tribu de Beni-Ifran, trató de encender de nuevo las guerras entre esta tribu y la de Maghraua, como en tiempo de Zyri y de Yddu. Aperebido Hamama de los intentos de Tamim, reunió sus tropas y salióle al encuentro, consiguiendo batirle y dispersarle completamente, y obligándole á refugiarse lleno de saña y coraje en la ciudad de Uxda, tributaria entonces del emir de Tremecen. Con esto quedó dueño del vacilante trono del

Magreb el afortunado Tamim, que, al decir de las historias árabes, fué muy fanático, ignorante y sanguinario. Hizo perecer á más de seis mil judíos sólo porque no profesaban el mahometismo, y arrebató á los demás sus riquezas y mujeres.

Siete años permaneció Tamim en Fez, durante cuyo tiempo se había pasado Hamama á Túnez, y noticioso de las crueldades y desaciertos de su émulo, aprovechóse del general disgusto que dominaba á los magrebinos é hizo un llamamiento á todas las tribus del Maghraua, que no tardaron en responder á él y someterse á las órdenes de su antiguo jefe: éste, para dar más impulso á la sublevación y excitar más el ánimo de sus secuaces, se presentó en medio de ellos y les hizo ver lo perjudicial que bajo todos conceptos les era el mando de Tamim. Excitados así los ánimos reunió todas sus tropas, y poniéndose al frente de ellas marchó sobre Fez, y en la primera batalla derrotó á Tamim, que con los pocos soldados que le quedaron pudo refugiarse en Sella. De resultas de esta batalla quedó Hamama dueño por segunda vez de la ciudad de Fez y de una gran parte del Magreb, que gobernó sábiamente hasta su muerte, acaecida en 1048. Le sucedió su hijo Dunas, cuyo reinado fué todo de paz y felicidad, conservando todas las posesiones que le dejó su padre. Durante este reinado, que llegó hasta el año 1060, adelantó mucho el Imperio en todos conceptos, y jamás se habían construido tantos edificios, ni habían venido tantos extranjeros al Magreb como en este tiempo. Pero en medio de su prudencia, sabiduría y excelentes dotes de gobierno, el emir Dunas cometió una gran falta, que también era muy comun entre los reyes cristianos de España de aquella época. Esta falta consistió en que poco antes de morir dividió el reino entre sus dos hijos, dando el mando del barrio de los Andaluces á Fetuh, y el del Kairauyn á Axicha. Es de notar que los emires de Andalucía habían abandonado ya por este tiempo sus pretensiones sobre el Magreb á causa de la decadencia en que se hallaba el califato cordobés. Por esta razón los emires de Fez, Hamama, Tamim y Dunas imperaban sin dependencia alguna de los emires españoles; y hé aquí también por qué Dunas pudo sin contradicción dividir el mando del Imperio.

Continuando la relación de los sucesos del Magreb, decimos que los dos hermanos, como era de esperar, no tardaron mucho en tener envidia uno del otro; y Axicha, más turbulento y más guerrero que Fetuh, declaró la guerra y atacó á su hermano, quien temiendo alguna felonía de Axicha, se hallaba convenientemente preparado y aún con idénticas aspiraciones que su hermano. Ambos hermanos, al frente de sus respectivos ejércitos, pelearon con igual valor y constancia por espacio de tres años, al fin de los cuales Fetuh, valiéndose de la astucia, consiguió entrar en el barrio Kairauyn, en donde venció y mató á su hermano. De este modo quedó Fetuh dueño único del Imperio, que gobernó pacíficamente hasta que Fez fué sitiada por los de Lemtuna: entonces, prefiriendo su propia tranquilidad y sosiego á las fatigas que necesariamente trae consigo la defensa de un Estado, abandonó la ciudad y el gobierno en 1064.

Por este tiempo había vuelto de Córdoba un primo de Fetuh llamado Manser, á quien su padre Muaz dejara en rehenes como prueba de sumisión al emir andaluz. Vien-

do Manser abandonadas las riendas del gobierno de Fez, se apoderó de ellas con suma facilidad, puesto que nadie se las disputó. Era Manser hombre resuelto, audaz y valiente, como lo probó más de una vez en los no pocos combates que sostuvo con los de Lemtuna. Mas á pesar de estas buenas cualidades no pudo conservar por más tiempo su vacilante Imperio, y desapareció de Fez el año 1067, en ocasion que se hallaba sitiada por Yusef ben-Taxefin el-Lemtuni. Cinco dias despues de la desaparicion de Manser entró Yusef en la ciudad, en la cual permaneció muy poco, pues luego salió de nuevo á campaña ansioso de nuevas victorias. Poco despues de su salida de Fez se presentó Tamim ben-Manser ante las murallas de la plaza al frente de un formidable ejército de Zenetas; y habiendo prometido á sus habitantes un perdon general, le abrieron las puertas y entró triunfante en ella. Tamim, traidor á su palabra, principió á quitar la vida á los crédulos lemtunas que habia en Fez, haciendo perecer á unos por medio del fuego y en la cruz á otros, suplicios muy usados entonces en el Magreb. Aún estaba Tamim ocupado en estas bárbaras ejecuciones cuando se presentó Yusef delante de la ciudad, y despues de algunos encarnizados combates se apoderó de ella é hizo perecer á veinte mil Zenetas, consiguiendo de este modo extinguir en el Magreb esta dinastía, que habia durado cien años, para dar lugar á la dinastía de los Almoravides.

LITERATURA CALEDONIANA.

III.

PUAOMEN Y BUAGNA.

En otro tiempo hubo en Baleian, pueblecillo de la isla Poot, un cierto Puaomen, enteramente tullido por las úlceras. El hedor que se exhalaba de sus llagas habia alejado á todos de su cabaña. Estaba, pues, abandonado; nadie habia en torno suyo que tuviese compasion de su miseria, ni siquiera quien le diese un poco de agua para apagar su sed. Cuando la necesidad de beber le apremiaba, echábase encima un manto de paja, y arrastrábase hácia atrás, por la espalda, con ayuda de piés y manos: esta era la única posicion en que podia moverse. De semejante manera dirigiase á la fuente que nace al pié de la montaña, haciendo muchas paradas en su camino para recobrar aliento. Llegado á la fuente satisfacía su sed, llenaba de agua el coco que le servia de cántaro, y volvía á su cabaña para empezar pronto de nuevo el penoso trayecto.

Hacia muchos años que Puaomen llevaba tan triste existencia, cuando un dia, mientras se dirigia á la fuente, álguien descendió rápidamente hácia él, cogióle, y arrebatándole á través del espacio le transportó al país de arriba. Era el sol, que habia tenido piedad de él. Una vez llegado arriba, Puaomen encontróse en compañía de tres personajes: un anciano y dos niños. El anciano, que es el sol, está de prisa, y dicele al momento:

—Permaneced aquí, esperadme, y cuidado con ir á visitar mi país sin mí. Estoy obligado á proseguir mi marcha; cuando habré concluido, me apresuraré á volver para acompañaros yo mismo.

El sol, en efecto, continuó su curso. Los dos niños se complacian en verle descender y alejarse, y concluyendo por creerse al abrigo de sus miradas, se dijeron:

—Vamos á visitar el país.

—De ningun modo, dice el recién llegado; esperemos al anciano; respetemos sus órdenes.

—No, replicaron los niños; queremos acompañaros nosotros mismos y hacéroslo ver todo.

Entre tanto el anciano, á pesar de la distancia, ve sus acciones y oye sus palabras. Los niños, que no lo sospechan, insisten constantemente con el extranjero, quien se rinde por último á sus repetidas instancias. Juntos se dirigen á visitarlo todo, hasta las aguas sagradas del lugar de la metamorfosis (*mua mangaribu*).

Despues de haberlo visto todo, vuelven á sentarse tranquilos en el mismo punto en que los dejó el anciano. Mas éste, así que está de regreso, dirígese á los niños, reprendiéndoles vivamente.

—¿Qué habeis hecho? Obrásteis muy mal para con este extranjero, á quien habia conducido aquí con muy buenos intentos.

Los niños confiesan su falta, y Puaomen se excusa con la porfiada invitacion de los niños.

—¿Qué haré, pues, de ti ahora? dice el sol. Me veo obligado á volverte sin otorgarte todo el bien que queria hacerte.

Y diciendo esto lo desciende de nuevo á su país. Mas ¡qué dichoso cambio! no tiene ya vestigios de úlceras; su cuerpo es como el de un niño.

Durante el viaje de Puaomen por las altas regiones, los parientes advirtieron su ausencia: preguntábanse en dónde estaria, y creyéndole muerto hicieron las fiestas de costumbre. Poco tiempo despues ¡cuán grande es su



Ilmo. IGNACIO MRAK, antiguo obispo de Marquette (Estados-Unidos).

(Pág. 470).

sorpesa! lo ven de nuevo muy sano, andando perfectamente y sin la menor llaga en su cuerpo. Habita una buena cabaña, y junto á la puerta de la misma hay un banano maravilloso cuyos retoños igualan siempre al tronco principal, y dan todos á la vez frutos maduros, y luego echan renuevos con presteza para volver á madurar.

Cuando la cabaña de este hombre cae de vetustez, construye otra, y el misterioso banano retoña al momento junto á su puerta. Los habitantes del lugar, que advierten esta maravilla, piden asombrados á Puaomen que les refiera en dónde ha estado y qué le ha sucedido. Entonces él les refiere su historia.

Sucedió que cierto Buagna, oyendo este relato, quiere tambien hacerse arrebatado al cielo. Al efecto se finge viejo y enfermo, y arrástrase por el camino de la fuente para ir á buscar agua. Cuando sombrean el camino los árboles que le ocultan á las miradas del sol, se levanta y anda con agilidad. Así que llega en sitio descubierto, se deja caer de espaldas y arrástrase penosamente. De vez en cuando mira á lo alto para ver si vienen á cogerle y subirlo. De regreso á su cabaña acuéstase sobre ceniza para excitar la piedad del sol. Cuando no tiene más agua empieza de nuevo su penosa marcha, lo que hace durante mucho tiempo. Por fin se atreve á exclamar:

— ¡Oh tú, que estás ahí arriba! ¿Por qué no me miras? ¿por qué no te compadeces de mí?

No obtiene respuesta ni resultado alguno. Cansado de sus inútiles peregrinaciones, abandona por último su falsa decrepitud y prosigue de nuevo su vida ordinaria.

OBSERVACION. — Este es otro de los mil cuentos que los narradores de Belep se complacen en repetir, muellemente tendidos sobre las esteras de una cabaña ahumada ó sentados á la sombra de los cocoteros. Escuchando la historia de Puaomen los oyentes compadecen y admiran: el desenlace de la de Buagna excita su hilaridad. Aunque la moraleja de este cuento no esté expresamente formulada, encuéntrase en la expresion de los diversos sentimientos que produce. Adviértase tambien que si fué castigada la bellaquería de Buagna, lo fué asimismo la desobediencia de Puaomen, toda vez que el anciano declara que se ve obligado á volverlo sin otorgarle todo el bien que quería hacerle.

COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

SEGUNDA PARTE.

SALIDA DE ESTE MUNDO.

I.—*Transición.*

Un torbellino que os arrastra desde la cuna hasta el sepulcro; hé aquí la imagen de la vida humana. La vida más larga es muy corta, la más dichosa está llena de miserias; y sin embargo, para el pagano, que no tiene idea fija sobre lo que le espera más allá del sepulcro, esta vida es su suprema felicidad, así como el término de sus esperanzas. Confucio, el gran filósofo, el santo por cuyo nombre juran todos los chinos, preguntado acerca de los destinos del alma despues de la muerte, no se atrevió

nunca á abordar esta grave cuestion; y hoy todavía, despues de más de dos mil años, los letrados á quienes ins-tais á que piensen en la vida futura, citan con orgullo la memorable respuesta del Maestro, la cual, al parecer de ellos, no puede menos de satisfacer á cualquier hombre razonable. «¡Cómo! exclamó el gran genio, ¿no conoces aún la vida, y ya quieres escudriñar la muerte?» — Y ahora esforzaos en hacerles comprender la necesidad que tenemos de prepararnos para la eternidad feliz ó desgraciada que nos espera. «Si Confucio no se dignó ocuparse en esta cuestion, ¿por qué debemos hacerlo nosotros? ¿Quién puede presumir de más sabio que Confucio?» Haced todo lo que querais; no lograréis sacarlos de aquí, sin una gracia extraordinaria de lo alto.

Despues de haber probado de describir las alegrías tan mezcladas de solicitudes del chino de Song-Kiang, que quiere fundar una familia, contemos sus ansiedades y penas. Mientras el niño va creciendo entre las sonrisas y los juegos de la infancia, el abuelo empieza á gemir y á encorvarse bajo el peso de los años. Mucho tiempo há que ha hecho la reparticion de sus bienes entre los hijos. La ley no asigna nada á las hijas: si alguna vez el afecto paternal les deja una parte insignificante, esta parte volverá á la familia despues de la muerte del padre, á menos que no se haya dispuesto de ella preventivamente, con el consentimiento y beneplácito de los hermanos; pues todo contrato de venta de bienes inmuebles otorgado en nombre de una mujer es inválido.

El anciano que así se ha despojado en favor de sus hijos, no se ocupará ya más en la administracion de los bienes, y tendrá cama y mesa puesta sucesivamente en casa de cada uno de ellos.

II.—*Piedad filial.*

Sabido es que la virtud más ponderada y ensalzada en China es la piedad filial. Ella es la base del gobierno, de la religion y de la moral: si los mandarines, si el emperador deben ser respetados y obedecidos, es única y exclusivamente porque son, segun la frase consagrada, «los padres del pueblo.» Las señales exteriores de respeto con que son honrados aquí los superiores, en vida y despues de la muerte, nos parecen á nosotros, bárbaros occidentales, llevadas al exceso: consisten en una serie de atenciones, actitudes, reverencias, genuflexiones, humillaciones, anonadamientos que se asemejan más á la absoluta sujecion de los esclavos que á la idea que nos formamos de la respetuosa libertad de los hijos.

La piedad filial es enseñada en los libros, cantada por los poetas, incesantemente recomendada por los mandarines en sus proclamas; está en la boca de todos, y se la encuentra en todas las ceremonias públicas y privadas. Mas allí donde no ha penetrado el cristianismo, la piedad filial, al igual que la modestia, la caridad, la castidad, por decirlo en una palabra, al igual que todas las virtudes, no existe sino en la apariencia, no pasa de la superficie, no tiene raíces en los corazones.

Cuando uno ha vivido por algun tiempo en medio de este pueblo y empieza á ver lo que hay debajo de este barniz de ceremonias exteriores, se queda sorprendido y no pocas veces con el corazon traspasado de dolor al ver cuán poco los hijos aman á sus padres. Muchas son las causas de ello. La primera es, como dice san Pablo,

que los paganos no tienen verdaderas afecciones; la segunda que, desde los primeros años, se cria y mimaba á los niños por un sentimiento enteramente carnal. Pero, sin profundizar mucho las cosas, contentémonos con echar una ojeada á lo que sale al exterior y constituye los usos y costumbres.

El primer deber de todo buen hijo es prevenir, alejar, endulzar y llorar los sinsabores, penas é infortunios á que está expuesta la sagrada persona del padre. Prescindiendo de los medios naturales usados por casi todos los pueblos, el chino recurre además á mil prácticas religiosas. Hé ahí alguna de las más usadas en Song-Kiang.

III. — *Sortilegios.*

Al principio de la carrera, cuando uno entra en posesion de la herencia paterna, ó tambien más tarde, si teme una desgracia, ó bien cuando está para lanzarse á una grande empresa, hace llamar al agorero.

Las más de las veces se le encuentra en la calle, por donde se pasea agitando sus tablillas de bambú, parecidas á unas castañuelas, para llamar la atencion de los transeúntes. Acude á la primera señal; es una buena ganga para él, así que no se hace de rogar. Al llegar delante de la puerta principal, el pretendido profeta se recoge un instante, y arroja con gran aplomo sus dos tablillas adivinatorias contra el umbral exterior, hecho lo cual examina atentamente su posicion, y afirma, en tono magistral, que la casa ó sus habitantes están sujetos á una influencia buena ó funesta. La mayor parte de las veces es un profeta de desgracias; la felicidad es tan rara en la vida, y tan frecuentes las calamidades, que por regla general se puede pronosticar algun infortunio sin temor de que el pronóstico no se verifique de un modo ú otro. El agorero da á conocer, pues, los peligros secretos que los malos genios se complacen en sembrar bajo los pasos de los mortales; recibe por su trabajo algunas monedas, sigue su camino y va á buscar fortuna en otra parte. A esto se reduce todo su oficio: como se ve, su profesion es tan descansada como lucrativa.

¿Queréis saber en seguida qué género de calamidades os amenazan y los medios de libraros de ellas? Tendréis que dirigiros á otra especie de adivinos, á los que dicen la buena ventura, y á los magos.

IV. — *Decidores de la buena ventura.*

Los que dicen la buena ventura son la clase más vulgar de adivinos. Dotados de una notable facundia y de una imperturbable sangre fría, empiezan por informarse con mucha destreza de los pormenores relativos á las personas y á las cosas. Segun las conjeturas que deducen de estos informes, pronuncian luego sus oráculos con el mejor aire de conviccion. Para todo tienen respuesta, y nada es capaz de desconcertarlos. Esta clase de adivinos es muy numerosa; encuéntraseles bajo diversos nombres en cada esquina de la calle, á los alrededores de las pagodas de más fama, y en los puentes. Se dividen en varias clases, y las principales son las siguientes, que iré designando segun los orígenes ó fuentes de donde parecen sacar sus oráculos.

Astrólogos. — El astrólogo, confeccionador de horóscopos, va armado de su correspondiente calendario, en

el cual halla explicadas, claras como la luz del dia, todas las influencias buenas y malas de los astros, de las estaciones, de los dias y horas. Consúltasele especialmente para los esponsales y las adopciones; acúdense tambien á él para escoger una profesion, para conocer el número de años que puede uno prometerse de vida sobre la tierra.

Me han contado que recientemente uno de esos astrólogos ha sido la risa de Song-Kiang.

Era famoso entre todos los de su profesion, y su tienda, que estaba cerca de la pagoda más grande, se veia á todas horas llena de gente. Citábanse de él muchas predicciones que se habian cumplido al pié de la letra, de tal suerte que su negocio prosperaba á pedir de boca, y más de un cofrade menos afortunado le miraba con ojos envidiosos.

Viendo que la fortuna le sonreia, pensó en buscarse una compañera. Como tenia fama de ganar mucho dinero, presentáronsele una multitud de amigos officiosos, ofreciéndose á servirle de mediadores. Cada uno tenia una maravilla que proponerle. Su eleccion se fijó en una jóven aldeana célebre por su belleza y por su ingenio. Piés de cabra, boca pequeña, labios encarnados, ojos formando un arco ojival, rostro blanco de harina, uñas largas y pintadas de vermellon, etc.; en una palabra, el bello ideal chino. Sabia cantar acompañándose con la guitarra, y cada palabra suya era una agudeza. Presentóse el casamentero, pidió la mano de la jóven y fuéle concedida; diéronse y recibieron los horóscopos, distribuyóse el té y se prepararon los regalos; nada parecia oponerse á la inmediata celebracion del matrimonio.

Mas hé aquí que á una vieja tia de la novia, mujer muy supersticiosa, le da la gana de hacer consultar á un adivino sobre la suerte que esperaba á su querida sobrina en el matrimonio; y á este efecto despacha á una persona enteramente desconocida en el país. El fiel mensajero pregunta por el más famoso adivino conocido, y todos le envian á nuestro astrólogo.

Preséntase, pues, en medio de la multitud, y espera con paciencia que le toque el turno. Al fin es admitido: expone su caso sin nombrar á las personas, exhibe sus piezas, es decir, una copia de los horóscopos de ambas partes. El astrólogo se pone á hablar, á tomar diestramente informes, como de costumbre, y sabe que el consultante viene de lejos, y que se trata de una sobrina poco laboriosa, á la que una vieja tia quiere casar con un señor letrado. Ni siquiera se le ocurre que pudiera ser muy bien que se tratase de él mismo; y por su parte el comisionado ignora absolutamente que aquel á quien consulta es precisamente el pretendiente de la jóven cuyo horóscopo ha presentado. Nuestro adivino pronuncia el infalible oráculo con su acostumbrado tono de seguridad: el matrimonio será desgraciado; el marido, que al principio estará perdidamente enamorado de su mujer, entrará en celos, le pegará y acabará por venderla á un casamentero. El consultante, á quien sorprende una respuesta de este género, hace un gesto de admiracion, presenta su ofrenda y se retira dando las gracias. Todos se dicen en voz baja: «Hé aquí un negocio frustrado;» y el pérfido astrólogo se sonríe maliciosamente.

Algunos dias despues el casamentero se presenta á casa de la familia de la Tierra para proceder á la celebra-

ción del matrimonio. Pero hé aquí que, con gran sorpresa suya, se le contesta categóricamente que es imposible, porque los hados se oponen y el matrimonio sería desgraciado. Naturalmente el casamentero transmite la respuesta á nuestro astrónomo, el cual se pone furioso y grita: «¿Quién es el imbécil de adivino que ha pronunciado esta sentencia? No puede ser más que un impostor, que en su vida ha sabido leer en los astros.»

Procédese á verificar informaciones, y habiéndose averiguado la verdad de lo sucedido, el impostor ha tenido que renunciar á su prometida y alejarse de su país.

Frenólogos.—El frenólogo pone de manifiesto en mitad de la calle un inmenso cuadro que lleva pintada una hermosa cabeza dividida en pequeños compartimientos de la forma, poco más ó menos, de los alvéolos de un panal de miel. Cada compartimiento tiene su correspondiente carácter escrito. Comparando con el modelo á la persona que acude en consulta, el frenólogo os explica minuciosamente, á medida que os va haciendo hablar, todas las probabilidades que teneis de adelantar en las letras, y de salir con bien en los asuntos de la vida pública y privada; todo ello fluye como necesaria consecuencia de principios ciertísimos. Como se ve, el sistema de las protuberancias era explotado en China mucho tiempo antes que se hiciese tan famoso en Europa.

Quirománticos.—Por medio de un estudio comparado de las dos manos en todas las posiciones y bajo todos los puntos de vista imaginables, estudio entremezclado de una conversacion muy animada acerca todas las circunstancias de vuestra vida social, el quiromántico adquiere infaliblemente un conocimiento completo, y os da cuenta detallada de todos los cambios futuros de vuestra fortuna.

Observadores del esqueleto.—También el esqueleto encierra en sí el germen del porvenir. Pero, como no se cree poder despojarle sin inconveniente de su capa de carne, hay que contentarse con estudiarlo palpando el cuerpo y hablándoos, en amigable conversacion, de cuanto os concierne. Este género de adivinacion se usa principalmente para las enfermedades.

Ciegos.—De todos los decidores de la buena ventura

los ciegos son sin género alguno de duda los más afamados. Van provistos de una caja que agitan en todos sentidos mientras se van informando con disimulo de lo que deseais saber. En seguida os invitan á meter la mano en la misteriosa caja para sacar un objeto cualquiera, una paja, un clavo, un boton, etc., y mientras van continuando sus investigaciones, vuelven y revuelven dicho objeto entre las manos hasta que por último, profetas inspirados, acaban por cantar sus predicciones.

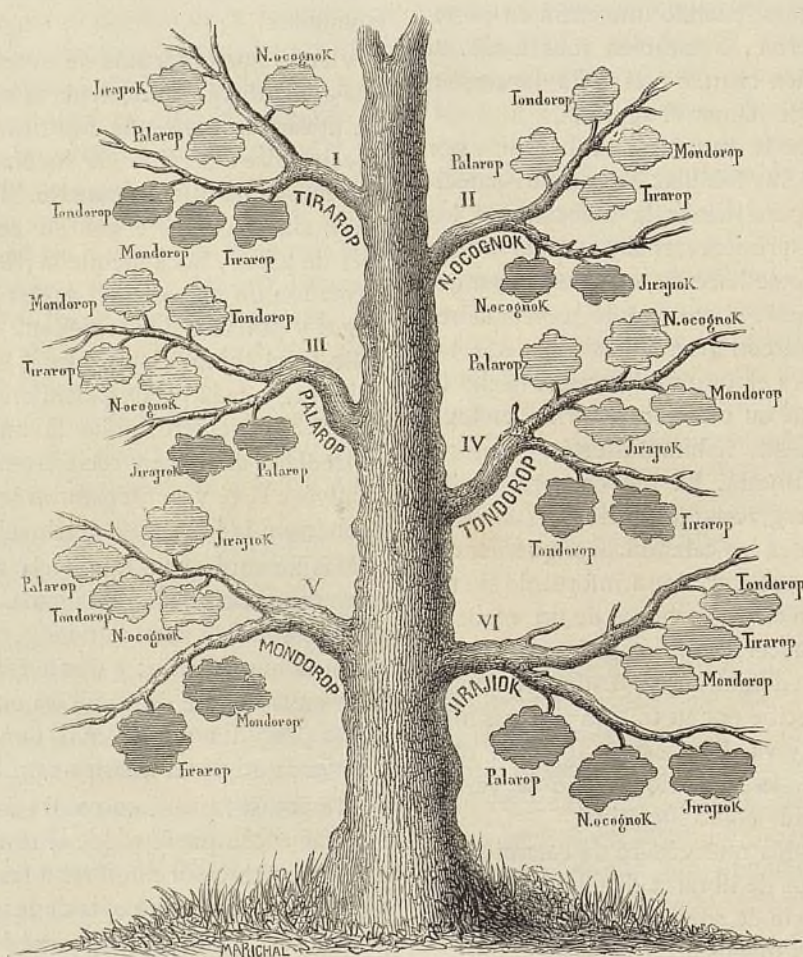
Letrados.—Aqui la clase de letrados hace profesion de filosofismo, ó más bien de ateísmo. Los letrados de que hablamos reconocen de buen grado lo absurdo de las doctrinas y supersticiones propagadas por los budhistas y taristas, y, sin embargo, no dejan de practicar

abiertamente todos los actos supersticiosos que están en uso entre el pueblo. Algunos llegan al extremo de explotar sus conocimientos para engañar á los incautos é ignorantes. Preciso es confesar en obsequio de la verdad que la mayor parte de las veces son bachilleres calabaceados, maestros sin alumnos, pobres diablos que buscan el medio de vivir sin trabajar ni mendigar.

Héolos instalados en las plazas públicas, con paleta, tinta y pincel, y algunos millares de caracteres escritos de antemano en conchas ó en paillos. El que va á consultar saca por suerte uno de dichos caracteres, y lo entrega al adivino. Este, en tanto que va exponiendo las teorías de su arte, hace al cliente

mil preguntas; y luego, sin dejar de hablar un instante, como no sea para escuchar atentamente las contestaciones que el cliente da á sus insinuaciones, vuelve á trazar el carácter en cuestion sobre su paleta, eso sí, con mucha elegancia y limpieza; lo descompone, lo recompone, lo compara con otros caracteres, y sabe hacerle expresar cuanto quiere de una manera á veces muy ingeniosa. El pueblo en su credulidad admira unos conocimientos que están por encima de las inteligencias vulgares.

Tirador de billetes.—Podríamos tener en dicha categoría á ciertos prestidigitadores que ponen de manifiesto en una mesa algunos centenares de secretos del destino, escritos de antemano y cuidadosamente plegados todos



NEUVE-NURSIA (Australia).—Arbol genealógico de los australianos occidentales. (Pág. 470).

de la misma manera. Hacen sacar uno á la suerte, ora por el mismo que pregunta, ora por un pájaro domesticado y enseñado, ó por una tortuga, á la que van unidas en este país mil ideas supersticiosas. Mientras se verifica la extraccion del billete el adivino hace charlar al cliente al objeto de hacerle desembuchar lo que pueda; luego lee, explica y comenta el decreto que la suerte ha hecho salir; y para prueba de su infalibilidad lo vuelve á plegar, lo baraja con los otros y procede á segunda extraccion. De cualquier modo que se haga, ya sea que el que pregunta quiera escoger por sí mismo, ya que el pájaro salga saltando de la jaula y lo traiga en el pico, ora la tardía tortuga se pasee por la mesa y lo coja con los dientes, siempre saldrá el mismo oráculo.

Indicadores de los vientos y de las aguas. — General-

mente hablando, los indicadores de los vientos y de las aguas no hacen ostentacion de su ciencia; son conocidos en la vecindad, y se les llama cuando se trata de fijar el sitio donde colocar una tumba, edificar una casa, ó construir un puente, etc. Van provistos de una vara adivinatoria y de una brújula; recorren la localidad en todos sentidos, mirando hácia arriba y hácia abajo, se vuelven de cara á todos los vientos con aire de reflexion profunda, y por fin señalan con la vara el sitio favorable, indicando la direccion más propicia. Este misterioso espíritu de los vientos y de las aguas no puede ser contrariado, sopena de las mayores calamidades; y los primeros magistrados del Imperio no han temido hacerse ridículos alegando en varias ocasiones á los embajadores de Inglaterra, Francia y América, el temor de turbar y eno-



AUSTRALIA OCCIDENTAL.—Sepultura indígena. (Pág. 470).

jar á ese espíritu de los vientos y de las aguas como única razon de su negativa, ora á establecer un telégrafo eléctrico ó un ferrocarril, ora á explotar una mina de carbon, de plata ú oro.

V.—Magos.

La segunda categoría de adivinos, la de los magos, está rodeada de más misterio, y no se ve muy claro cómo los efectos que obtienen pueden provenir de los medios que emplean. Indudablemente la fama les atribuye muchas maravillas que han obrado en toda su vida, pero no puede negarse que á veces hacen cosas muy extraordinarias. Los magos hacen profesion de estar en relacion con los espíritus, y toman las diversas denominaciones que los distinguen, de los diferentes medios que usan para evocarlos.

Kwo. — El kwo (en lengua mandarina *kwa*) es un cuadro que contiene diversas combinaciones de líneas continuas y discontinuas, reunidas en grupos de cuatro. Por ejemplo:



Estas figuras, cuyo sentido y uso primitivo nadie conoce en el día, sólo sirven para la adivinacion. Los magos tienen la pretension de saberlo todo por medio del *kwo*. Hé aquí cómo proceden ordinariamente:

En un altarcico se coloca una tortuga que sirve de pedestal á un Pussah, delante del cual se queman algunas barras de incienso. El mago recita entre dientes algunas fórmulas ininteligibles, echa algunos puñados de humo

de incienso al diablo, y hace otras veinte muecas. En seguida abre una caja, en cuyo fondo están trazadas las rayas del *kwo*, mete dentro una bolita de cobre, la hace mover rápidamente agitando la caja, y deposita el todo sobre el altar. Cuando la bola se para, el adivino examina cuidadosamente sobre qué figura se ha parado, va á consultar el libro y os revela las cosas pasadas, presentes y futuras del mundo de los mortales y del de los espíritus; y, en prueba de la infalibilidad de su ciencia adivinatoria, os dice lo que llevais en la manga ó en la faltriquera.

A propósito de esto me contaron tiempo atrás la siguiente historia:

Un hombre de Song-Kiang tenia un hijo derrochador, gran fumador de opio y gran jugador. Para satisfacer sus pasiones aquel infeliz robaba todo lo que podia haber á las manos en la casa paterna. Ultimamente, habiendo desaparecido las joyas de su madre, acusóse al hijo pródigo de ser el autor de dicha sustracción. En cuanto á él, todo era protestar de su inocencia. En esto presentóse un deudor á pagar una cantidad bastante considerable. Ocurrióle al padre la idea de enterrarla por la noche en el fondo de una cisterna que habia en medio del patio: hecho esto, abrió un agujero en la pared para hacer creer que los ladrones se la habian robado. Por la mañana se da la señal de alarma, el padre se lamenta y acusa al hijo de connivencia con los ladrones; el hijo fuerte, por esta vez, con su inocencia, no deja piedra por mover para descubrir á los autores del robo. Se dirige al capitán de los ladrones, se presenta á la policía; pero inútilmente, imposible descubrir nada. Por último recurso, decide ir á consultar con un primo suyo al *kwo* revelador.

El adivino, despues de haber ejecutado todas sus ceremonias supersticiosas y consultado su libro, declara que la suma está en el patio de la casa paterna, á diez piés bajo tierra. Al oír esta respuesta, los dos primos no pueden menos de exclamar:

—Qs burlais de nosotros. Los ladrones han habido de salir indudablemente por donde han entrado, y llevarse el dinero á lugar seguro. ¿Cómo es posible que lo hayan enterrado en el patio, que está en el centro de la casa?

El adivino, sin desconcertarse, añade:

—En prueba de la verdad de mi asercion, saca el pañuelo que llevas en la manga; contiene tres piedras preciosas, que es todo lo que queda de las joyas de tu madre.

El hijo pródigo siente subírsele los colores á la cara y se evade al punto. El primo no ve llegada la hora de contar á todo el mundo la aventura. Procédese á buscar el dinero en el patio, y es hallado á diez piés de profundidad, en el fondo de la cisterna. Y de este modo se descubre tambien al autor del robo de las joyas, al cual se habia dejado de perseguir.

Acúdese al *kwo* especialmente para descubrir á los ladrones, adúlteros, calumniadores y conspiradores.

Diablo.—Colgada en una pared de la encrucijada veréis una horrible pintura representando al demonio despedazando con sus dientes á una serpiente enroscada. El mago está allí, y con el objeto de llamar la atención de los transeúntes agita una veintena de láminas de acero que lleva ensartadas en una vara de cobre. Tiene siempre, en la apariencia al menos, un aire feroz, la palabra

breve y dura; no se le consulta sino en los casos desesperados.

Lo primero que exige es que se le pongan en la mano izquierda cuatro sapeques que examina con mucha atención; hecho lo cual, se pasea en todas direcciones por delante de la imágen, agitando con una mano las láminas de acero, y con la otra los sapeques, y murmurando al mismo tiempo algunas fórmulas ininteligibles. De cuando en cuando se para al objeto de considerar los sapeques, y luego prosigue su paseo, su repique y sus fórmulas.

Al fin se para. A veces os devuelve el dinero: «No hay nada que hacer,» dice, ó bien: «El espíritu no quiere manifestarse.» Pero la mayor parte de las veces se acerca al que consulta, y le dice al oído: «Puedo alcanzaros lo que me pedís, pero con la condicion de que me daréis imperio sobre vuestra alma por un año, dos ó tres (segun la gravedad del caso).» Aceptada la condicion el mago da sus prescripciones, que deben observarse escrupulosamente.

En caso de enfermedad, él mismo propina el remedio, el cual consiste siempre en píldoras, que deben tomarse en ciertas horas del día y de la noche, por un tiempo determinado.

Plato de arroz.—Hanme hablado de una especie de magia secreta muy en boga hoy día, en Shang-hai y en Song-Kiang, entre los letrados, pero que está prohibida por los mandarines; lo que parece indicar que concurren en ella circunstancias muy malas, pues los mandarines andan muy remirados en censurar á esta clase de hombres, que tanto se parecen á los fariseos del Evangelio.

Todo lo que he podido averiguar acerca de estas misteriosas operaciones, es que el mago se encierra en un cuarto con su cliente, pone un plato de arroz sobre una mesa, recita muchas fórmulas, hace repetidas genuflexiones, hasta que un dedo invisible traza sobre el arroz las misteriosas letras. ¿Quién no ve la igualdad de efectos de estas operaciones y de las mesas giratorias?

Brujas.—Las brujas son muy comunes aquí. El que quiere consultarlas va á casa de ellas, ó bien las invita á pasar á la suya. Yo mismo he tenido ocasion de oír á algunas. Empiezan por poner en un altarcico un tabernáculo velado. De dos que he examinado, el uno encerraba un ídolo, el otro estaba enteramente vacío.

Un día asistí á una consulta. Preguntada la bruja, llamaba á la puerta del tabernáculo, repetía en alta é inteligible voz la pregunta que le habia sido hecha, y al mismo tiempo rogaba al Lao-ya, es decir al viejo diablo, que tuviese á bien satisfacer la justa curiosidad del cliente. Aplicaba un instante el oído como para escuchar la respuesta, y luego se ponía á cantar en tono lastimero y acompasado, revelando el porvenir, como si contara una historia. A cada pregunta la bruja interrogaba el tabernáculo, y respondía al punto cantando.

Cuando el cliente se hubo marchado, me adelanté y pregunté á la hechicera si cuando interrogaba á Lao-ya oía una voz, ó si solamente recibía una luz interior. Respondióme entonces:

—Si el Lao-ya no me hablase, ¿cómo podria revelar lo que no sé?

—¿Por qué, pues, en este caso nosotros no oímos nada?

—Es que el Lao-ya habla muy bajo al oído, y nadie puede oírle sino yo: si yo hablase en voz muy baja al oído de una persona, tampoco oíríais nada.

—Pero vos escucháis sólo un instante y habláis mucho; ¿cómo puede ser esto?

—Es que el Lao-ya habla muy rápidamente, y al mismo tiempo dice en pocas palabras lo que yo explico más por extenso á fin de que me comprendan mejor los que me preguntan; de la misma manera que, cuando leéis una carta, intercaláis vuestras explicaciones á lo que está escrito en el papel. Si no obráseis así, no os entendería el oyente.—

Me tomé la libertad de levantar el velo del tabernáculo y registrar todo el aparato, sin que ella hiciese la menor oposicion; y nada ví de particular.

Dos sacerdotes chinos me han referido que, cuando estaban en el seminario, habian tenido la curiosidad de ir á escuchar á una de esas brujas; pero que en vano llamaba á la puerta del tabernáculo, repetía las preguntas y aplicaba el oído: el Lao-ya se obstinaba en no responder nada. Furiosa entonces la bruja, exclamó: «Aquí ha de haber cristianos; es necesario absolutamente echarlos de aquí, si queréis oír los oráculos.» Nuestros seminaristas, que estaban confundidos entre la multitud, tomaron el portante sin decir una palabra.

TIERRA SANTA.

XVII.

TORRE DE DAVID EN JERUSALEN.

La torre de David forma parte del Kalaat (fortaleza) de Jerusalem. Al entrar en la ciudad por la puerta oriental de Jaffa, preséntase inmediatamente á la derecha, rodeada de un foso profundo y sin agua. Flota en ella la bandera otomana, y está defendida por algunos malos cañones que apenas sirven para anunciar las fiestas públicas. Hasta la altura de 30 piés la torre está construida de enormes piedras de 3 á 4 metros de longitud por 1 ó 2 de altura. Diversas hileras de troneras denotan antiguas soldaduras. Algunos arqueólogos opinan que es la torre Phasael construida por Herodes. Hay en cuanto á las dimensiones una semejanza satisfactoria. En la plataforma superior la torre de David tiene 21 metros 4 centímetros por 16 metros 36 centímetros, comprendido el espesor del parapeto. No es, por lo tanto, cuadrada como supone Josejo; pero una de las dimensiones es idéntica con la que nos ha transmitido el historiador judío. Hé aquí la descripción: «Herodes habia dado el nombre de su hermano Phasael á esta torre, que medía 40 codos de longitud, latitud y altura: era enteramente maciza y la coronaba un pórtico alto 10 codos, rodeado tambien de un parapeto almenado. En medio del pórtico elevábase otra torre que contenia magníficos aposentos y una sala de baños, de manera que nada le faltaba para semejar una habitacion Real. Esta torre superior estaba aún mejor adornada de parapetos y almenas que la que le servía de base, y su altura total era de 90 codos. Tenia bastante parecido con el faro de Alejandria. En este momento (á la llegada de Tito delante de Jerusalem) se habia convertido en trono de la tiranía de Simon.»

Nada de esto existe hoy, pues desde Herodes quince invasiones, quince sitios de Jerusalem han destruido la

obra de aquel Príncipe. Cada conquistador ha debido utilizar algunas piedras y asentar la nueva torre sobre los cimientos de la antigua. Crónicas posteriores á las Cruzadas la llaman torre de los Pisanos sin explicar el motivo. ¿Seria que Godofredo de Bouillon, ó al menos sus sucesores, confiaron su custodia á los cruzados de la ciudad de Pisa? Sólo una larga ocupacion de esta torre por los pisanos podria justificar esta denominacion. El nombre de torre de David se le da generalmente por las relaciones de peregrinaciones verificadas antes ó despues de las Cruzadas. Sin duda alguna la ciudadela de Sion, en la cual David fijó su residencia despues de haberse apoderado de ella, no se reducía á la fortaleza de los jebuseos, construida sobre uno de los puntos culminantes de la montaña. Como justamente nota el Rdo. Verrier, canónigo de Bayeux, «en los cuatro lugares en que de ella se trata, la ciudadela de Sion está identificada con la ciudad de David, de la cual se dice expresamente en dos de dichos textos que se extiende á todo el circuito de la colina (1).»

Sea como fuere, el recuerdo del Rey Profeta es inseparable de esta torre, porque recuerda la fortaleza de los jebuseos de que se apoderó, el monte Sion que fortificó y del cual hizo su ciudad, denominada frecuentemente en la Escritura *ciudadela del Rey, casa de David, trono de David, casa del Rey*. Allí es tambien donde David hizo trasladar el Arca santa en un tabernáculo que habia erigido, y en donde quedó custodiada cuarenta y cuatro años. Allí cometió su doble pecado, y lo lloró despues; allí, en fin, escribió esos admirables Salmos que atestiguarán hasta el fin de los siglos la humildad y arrepentimiento del ilustre penitente.

EFEMÉRIDE.

1 NOVIEMBRE 1861. — *Martirio de tres dominicos españoles: ilustrísimo Jerónimo Hermosilla, vicario apostólico del Tong-king oriental; Ilmo. Valentin Berrio-Ochoa, vicario apostólico del Tong-king central, y P. Pedro Almató, misionero del Tong-king central.*

«A consecuencia del cruel edicto que publicó Tu-Duc en la mitad del año último (escribia el 2 de Agosto de 1862 el P. Manuel Estevez) el Ilmo. Ochoa, no pudiendo permanecer por más tiempo oculto en los subterráneos donde se le habia guarecido hacia tres años, se abandonó en manos de la divina Providencia, refugiándose en una barca de pescadores con un fiel amigo y compañero de noviciado, el P. Almató. Poco tardaron ambos en reunirse con el Ilmo. Jerónimo Hermosilla, errante como ellos sobre un frágil esquife. Bajaron juntos la corriente del río que pasa en vista de Hai-Duong, deteniéndose cerca de una ciudad poco distante de esta capital de la provincia. Permanecieron allí cerca de veinte dias, y aún hubieran permanecido mucho más tiempo si dos falsos hermanos, nuevos Judas, no los hubiesen vendido.

«¿Quién lo creyera! Dos cristianos indignos de este nombre, cuyos padres y tíos ocultaban los tres venerables proscritos en sus barcas, cometieron la infamia de denunciarlos á un capitán y de indicarle el asilo donde pudiera sorprenderlos. Desde luego, el oficial, tomando consigo diez soldados, saltó á un barco que dirigió secretamente hácia el lugar indicado. Primeramente abordaron la barca en que se hallaba el Ilmo. Hermosilla precipitándose en ella, espada en mano, amenazando con cortar la cabeza al primero que se moviera.

«Apoderáronse del Ilmo. Hermosilla, á quien condujeron ante los grandes mandarines de la provincia oriental. El venerable Obispo al acercarse á las puertas de la capital observó una cruz colocada á su paso. A tal vista, dijo á los satélites que le acompañaban:

(1) *Diario de un peregrino.*

«—No entraré en la ciudad si no se quita esa cruz.

«Los soldados quitaron la cruz, y fueron en seguida á entregar su cautivo al gobernador, que le recibió con humanidad.

«A las preguntas que se le hicieron sobre su edad y el número de años que había pasado en el Tong-king, el confesor de Jesucristo respondió francamente:

«—Tengo sesenta y un años, y he pasado treinta y tres en este reino.

«Mas, cuando el mandarin quiso saber las cristiandades en que se había ocultado, el obispo respondió de una manera general que se había refugiado en todas partes en que había cristianos (1).»

En el momento de la arrestación del Ilmo. Hermosilla «las barcas de los otros dos misioneros se hallaban á alguna distancia, lo que les permitió escapar. Mas no teniendo siquiera un rincón de tierra donde pedir asilo, vieron bien claramente que su captura era inevitable. Por eso, después de haberse confesado uno con otro, resolvieron entregarse en manos de un subprefecto idólatra que conocía á uno de los barqueros, y que les acogió con promesa de ponerles en sitio seguro. Por de pronto les confió á la custodia de un médico infiel, cuya casa les sirvió de refugio durante un día y dos noches.

«Dicha hospitalidad no era más que una nueva traición. Mientras los misioneros estaban ocultos en su retiro, el subprefecto y el médico tomaban sus medidas para entregarles á la justicia, lo que efectuaron en la mañana del 25 de Octubre, participándoles que les conducían á un sitio desierto y al abrigo de todas las pesquisas. Un pequeño mandarin con una escolta de soldados estaba apostado para apoderarse de nuestros dos compañeros, á quienes se cargó con la canga y una pesada cadena.

«A la noticia de la arrestación, el gobernador envió inmediatamente trescientos hombres para escoltar á los dos confesores de la fe. Al llegar éstos á las puertas de la capital vieron con dolor que se había colocado al través del camino la señal adorable de nuestra redención. Al punto cayeron de rodillas, se prosternaron con veneración profunda, y declararon que no darian un paso más, mientras la cruz no fuera quitada. Quitóse ésta y pasaron adelante.

«El gobernador los estaba aguardando en el pretorio, y dirigiéndose en primer lugar al Vicario apostólico, le preguntó su nombre y luego el tiempo que residía en el reino.

«—Mi nombre (anamita), respondió el Prelado, es Vinh; soy obispo; hace cuatro años que he llegado al Tong-king; mi distrito se halla situado en las dos provincias meridionales. Los mandarines de estos departamentos hacían pesquisas tan rigurosas que, no pudiendo ya ocultarme en ninguna parte, he tenido que alejarme.

«A esta declaración tan explícita y verdadera, se adivina que el Ilmo. Ochoa deseaba ser enviado á los tribunales del Tong-king central á fin de derramar su sangre en medio de su rebaño. Dicho consueo le fué rehusado.

«El gobernador le preguntó aún si había tenido alguna relación con los insurrectos de 1858, á lo cual el Prelado respondió que él no aconsejaba la rebeldía á nadie; que su único objeto, al abandonar su patria para venir al lejano país de Anam, había sido predicar la religión del verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, é inducir á los pueblos á evitar el mal y practicar el bien.

«Algunas preguntas fueron dirigidas al P. Almató, que dió las mismas respuestas.

(1) Carta del Ilmo. Alcázar: *Anales de la Santa Infancia*, t. XIV, pág. 244 á 255.

«Después de dicho interrogatorio el juez ordenó encerrar á los confesores en dos jaulas, que hizo colocar cerca de la del venerable señor Hermosilla, prescribiendo ejercer con ellos la más activa vigilancia y encargando que se les tratara con muchas atenciones. Hecho esto, se apresuró á participar el asunto á la Corte. Empero, antes que llegara la sentencia Real, que ordenaba que los cautivos fueran enviados á Hué, los tres confesores de Jesucristo habían ya dejado de existir.

«El 1.º de Noviembre de 1861, fiesta de Todos los Santos, fué el día escogido para el triunfo de los tres apóstoles. Al esparcirse el rumor de que se les conducía al suplicio, una multitud inmensa se dirigió á las puertas de la ciudad y les acompañó. Dos ginetes y dos elefantes precedían el cortejo, seguido de cuatro compañías de infantería colocadas en dos hileras. En medio de ellas eran llevadas las tres jaulas rodeadas de soldados armados.

«En la primera de ellas hallábase el P. Almató, con los rosarios en la mano. En la segunda iba el Ilmo. Ochoa, absorto en esa meditación profunda que un largo ejercicio le había hecho tan familiar. El ilustrísimo Hermosilla estaba sentado en la tercera, como sobre un carro de triunfo, y daba su bendición al pueblo agrupado á su paso.

«A su llegada al sitio del suplicio, las puertas de las jaulas fueron abiertas. Entonces los tres confesores cayeron de rodillas al suelo, y el Ilmo. Hermosilla pidió al mandarin el tiempo suficiente para hacer una última plegaria, lo que les fué concedido.

«Terminada la oración de los tres mártires, el Ilmo. Hermosilla dijo al comandante que estaban dispuestos. Inmediatamente se les ató por detrás de la espalda; sus cuerpos fueron sujetos á unas estacas hincadas en el suelo; estaban tan fuertemente atados, que sus hinchados pechos y tendidos cuellos parecían carecer de respiración. Después de esos funebres preparatorios, oyóse la voz de un corneta para advertir á los soldados que estuvieran alerta y arrestaran á cualquiera que manifestara compasión por las víctimas. Aquel pobre corneta, que es cristiano, lloraba á lágrima viva al ordenar á los demás la insensibilidad. En fin, su voz resonó de nuevo, advirtiendo á los ejecutores que hirieran cuando sonara la tercera campanada.

«A la señal dada, el sable cayó sobre las tres cabezas, que

rodaron por el suelo, la una al primer sablazo y las demás al segundo. Los cadáveres dejados sobre el lugar permanecieron veinte y cuatro horas sin sepultura, y las tres cabezas, colocadas sobre postes, estuvieron durante tres días expuestas á las miradas del público. Posteriormente dichas reliquias han sido rescatadas por nuestros cristianos, que las ocultaron como un tesoro en medio de las tinieblas de la noche (1).»

El Ilmo. Hermosilla había nacido en Santo Domingo de la Calzada (España) el 30 de Setiembre de 1800, y hecho su profesión en la Orden de Predicadores el 29 de Octubre de 1823; hallábase en el Tong-king desde 1829.

El Ilmo. Berrio-Ochoa nació el 14 de Febrero de 1827 en Elorrio (diócesis de Calahorra). Profesó en el convento de Ocaña el 12 de Noviembre de 1854, y llegó al Tong-king en 1858. El mismo año, hacia fines de Junio, fué elegido coadjutor y consagrado obispo de Centuria *in partibus* por el Ilmo. Melchor García, quien, el 8 de Julio siguiente, fué conducido al martirio.

El P. Pedro Almató nació en San Félix de Sasserra (diócesis de Vich) el 1.º de Noviembre de 1830, é hizo su profesión en el convento de Ocaña el 26 de Setiembre de 1848.

(1) Carta del P. Estevez, loc. cit.



TIERRA SANTA.— Torre de David en Jerusalem. (Pág. 477).